

ORFEBRERIA PRERROMANA



ARQUEOLOGIA DEL ORO

ORFEBRERIA PRERROMANA

Arqueología del Oro

Casa del Monte
Julio-Agosto 1991



Esta versión digital forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Empleo, Turismo y Cultura de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma

www.madrid.org/publicamadrid
culpubli@madrid.org



CAJA DE MADRID

Comunidad de  Madrid

CONSEJERIA DE CULTURA • DIRECCION GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL

Dentro del programa de exposiciones diseñado por la Consejería de Cultura para este año, le llega ahora el turno a ésta, dedicada a la Orfebrería Prerromana, que pretende ofrecer una completa panorámica de esta importante actividad y de su significado socioeconómico y cultural a lo largo de casi tres mil años, desde el inicio de la metalurgia hasta el cambio de Era.

No cabe duda que una exposición dedicada a la orfebrería en la antigüedad tiene un indudable interés, no sólo por la propia significación de la materia prima, el oro, sino también por las circunstancias que han envuelto en no pocas ocasiones los hallazgos de este tipo de piezas. Ambos elementos, materia prima y circunstancias del hallazgo, determinan el concepto de tesoro y a partir de aquí el conjunto de piezas que integran la exposición aparece envuelto en la bruma de la fantasía y el misterio. Indudablemente se trata de objetos arqueológicos, pero también son obras de arte y tampoco podemos olvidar que para sus originarios poseedores tenían un significado específico y trascendente. Debemos pues huir del mágico halo del tesoro para analizar desde muy diversas ópticas estos objetos e intentar acercarnos al significado profundo que encierran.

En este sentido la exposición persigue, ante todo, educar al visitante para que comprenda que los objetos expuestos son contenedores de información histórica, cuyo valor no reside en el metal del que están hechos, sino en lo que representan como documentos históricos irrepetibles, al tiempo que nos permiten recrearnos en la contemplación de una serie de joyas cuyos diseños artísticos y calidad técnica ponen de manifiesto el elevado nivel cultural y de refinamiento de quienes las elaboraron y quienes las poseyeron.

Por último, reseñar que la materialización de esta muestra es el fruto de una estrecha colaboración entre instituciones de muy distinto ámbito, estatal, autonómico, municipal y privado, sin cuyo concurso no habría sido posible su organización. En este sentido hay que reseñar el marco de colaboración que ya viene siendo habitual entre la Caja de Madrid y la Consejería de Cultura, por cuanto una vez más ha hecho posible que esta exposición sea una realidad tangible. Este y no otro debe ser el espíritu que presida las relaciones entre todas las instituciones para lograr que nuestro Patrimonio Histórico sea más y mejor conocido, única vía realmente eficaz para poderlo conservar y transmitir a las generaciones futuras.

Jaime Terceiro Lomba
Presidente de
la Caja de Madrid

Ramón Espinar Gallego
Consejero de Cultura de
la Comunidad de Madrid

Las características físico-químicas del oro, sobre todo su brillo e inalterabilidad, unidas a su presencia en la naturaleza en forma nativa, le convirtieron desde el inicio de la metalurgia en materia idónea para la elaboración de objetos suntuarios, de prestigio y rituales. Su aparición en algunos yacimientos funerarios calcolíticos es fiel exponente del elevado valor simbólico que ostentaba ya entonces. No parece, al cabo de los milenios, que nuestra civilización haya modificado un ápice un significado que parece inmutable al paso del tiempo como sinónimo de riqueza y poder.

El concepto que en la antigüedad se tenía de la Península Ibérica recuerda inevitablemente al mítico El Dorado, que incentivó la penetración española en América muchos siglos después. Esta idea nos la transmiten los autores clásicos en sus descripciones y comentarios sobre la Península; baste como muestra esta referencia de Estrabón:

«... en ninguna parte del mundo se ha encontrado hoy ni oro ni plata ni cobre ni hierro en tal cantidad y calidad». (G. III, 146.)

La Península Ibérica fue en la antigüedad una tierra legendaria por sus riquezas de todo tipo, fundamentalmente en metales preciosos, lo que hizo de ella un enclave privilegiado en las rutas comerciales de entonces. Las citas y referencias clásicas no dejan lugar a dudas en cuanto al papel de la Península en el tráfico comercial mediterráneo durante el I milenio a.C., testimonios que se han ido afianzando a medida que hallazgos casuales y excavaciones arqueológicas han ido exhumando toda una serie de piezas y conjuntos de orfebrería que corroboran de forma tangible lo que podía parecer a priori un exceso literario apoyado en la fantasía del autor. Desde la impecable sencillez de las diademas calcolíticas hasta las magníficas joyas ibéricas, pasando por los espléndidos cuencos de Villena, los brazaletes del bronce final extremeño, la finísima orfebrería orientalizante, las diademas castreñas o las fíbulas áureas del territorio celtibérico, todas ellas son, en definitiva, mudo testimonio de las relaciones culturales de nuestro pasado y parte esencial de nuestra Historia.

La exposición «Orfebrería Prerromana» pretende dar una visión lo más completa posible del desarrollo de la orfebrería peninsular desde su inicio hasta el cambio de era, como síntesis de las distintas tradiciones culturales que han convergido en la Península Ibérica durante milenios, a veces de forma convulsiva, y que han configurado la trama de pueblos que hoy somos y muchas de las circunstancias que compartimos.

El libro que se presenta como catálogo de la exposición, es un trabajo de investigación profundo y exhaustivo, como lo es siempre una tesis doctoral, porque, dada la singularidad de esta exposición y las dificultades que entraña su montaje, hemos considerado la oportunidad de ofrecer la publicación de un trabajo que, sin duda, habrá de convertirse en manual de obligada consulta para estudiosos y especialistas, trascendiendo el carácter efímero de la muestra.

La exposición se organiza siguiendo un hilo conductor meramente cronológico que permite seguir la evolución de la orfebrería desde los primeros pasos de la metalurgia, hasta llegar a los ricos conjuntos orientalizantes primero e, ibéricos más tarde, para cerrar el recorrido expositivo con una muestra de las orfebrerías celtibérica y castreña.

Las piezas se han seleccionado atendiendo lógicamente a su significado cultural, sin desdeñar en absoluto la espectacularidad de algunos conjuntos habida cuenta que, independientemente de su importante valor histórico, fueron realizados como objetos de adorno para deleite de sus propietarios, y no debemos perder de vista esa dualidad documento histórico-objeto artístico para no mermar su significado global.

Como en otras ocasiones, esperamos que la divulgación, que no vulgarización, de un Patrimonio Histórico que la sociedad hereda del pasado, contribuya a mejorar su conservación para que, cuando llegue el momento, pueda transmitirlo a las generaciones futuras en mejores condiciones que lo recibió.

Araceli Pereda Alonso
Directora General de Patrimonio Cultural

Una historia que comienza en el Calcolítico.

Los primeros orfebres

Almudena Hernando Gonzalo.

El inicio de la orfebrería, como de cualquier otra actividad desarrollada por el hombre, no puede considerarse un hecho aislado, resultado de una momentánea invención e independiente del marco cultural en el que surge.

La orfebrería supone la confluencia de varios factores que no pueden explicarse sin atender al proceso que estaba viviendo la sociedad que la creó: por un lado, adquieren valor social materias primas a las que se atribuye un uso exclusivamente suntuario, y por otro, se alcanza el nivel técnico suficiente para poder fabricar las piezas. Así pues, no tendría sentido referirse a ella únicamente desde el punto de vista técnico o estético, limitándonos a describir sus diseños y utilidades. Tal planteamiento no explicaría la razón de su aparición.

Para hacer referencia a esa cuestión deberemos ampliar el foco de visión, de forma que puedan acogerse todos aquellos otros rasgos que acompañan a las primeras piezas de oro y plata. Estas, por su parte, no aparecen a la vez. El proceso de aprovechamiento y transformación de la plata es mucho más complejo que el del oro, pues éste, junto al cobre, aparece en estado nativo, en forma de pepitas o nódulos, por lo que pueden beneficiarse directamente, a diferencia

de la primera, que requiere un proceso técnico de depuración. Es por ello que los primeros metales empleados fueron el cobre y el oro, definiendo con ello al Calcolítico o primera fase de la llamada *Edad de los Metales* (en griego *Calcos* = cobre y *litos* = piedra, por su carácter transicional entre la Edad de la Piedra (Paleo- y Neolítico) y la de los Metales), fechada aproximadamente entre el 2500 y el 1800 a.C. Sin embargo, la plata sólo aparecerá al final del llamado Bronce Antiguo (1800-1500 a.C.) y con más regularidad en el Bronce Medio (1500-1250 a.C.)

Pero entre el oro y el cobre existen, a su vez, algunas diferencias: el primero no se oxida ni sulfata, y es mucho más escaso que el segundo, todo lo cual le dota de unas características específicas que pueden llevarnos a entender el papel cultural, exclusivamente suntuario, que ha jugado desde sus primeras apariciones.

Como se sabe, la metalurgia del cobre aparece aproximadamente a mediados del III milenio a.C. en dos zonas distintas de la Península Ibérica: el Sureste español y el Estuario del Tajo en Portugal. Ambas se diferencian del resto de los territorios por la complejidad de los procesos culturales a los que están sirviendo de marco, y que se hacen evidentes, también, al examinar la «jerarquización territorial» —las diferencias en extensión y complejidad entre los asentamientos de un mismo valle, por ej.—, la aparición de indicios de desigualdad en los enterramientos —hasta ahora igualitarios y colectivos, sin ninguna diferenciación entre indivi-

duos—, la presencia de objetos «exóticos», traídos de territorios lejanos a través del comercio, etc., que les caracteriza.

Pero, como veíamos al principio, todo es un lento y largo proceso en el que no pueden advertirse rupturas culturales: al principio la metalurgia es muy simple, y los objetos de metal, muy escasos. Con ello hago también referencia a la orfebrería: sus primeras manifestaciones son sencillísimas piezas de metal nativo martilleado en frío. Sólo más tarde, coincidiendo sobre todo con la aparición de determinados elementos que se asocian en general a tumbas individuales —afirmando con ello el proceso de desigualdad— y que se conocen bajo la denominación de *conjunto campaniforme* —por la forma de eampana de sus cerámicas, tan llamativamente decoradas con incrustación de pasta blanca—, podrá contemplarse la diversificación y generalización de los tipos metálicos. Ahora bien: aquí debe tenerse presente una de las diferencias entre el oro y el cobre: la escasez del primero, coincidiendo con su mayor vistosidad. Es por ello, quizás, que el oro, desde su primera aparición, siempre sirvió como materia prima para elementos de adorno, como base para objetos cuya única función era la exhibición del poder que significa poseer un bien deseado, atractivo y escaso, fuera del alcance de toda la población. Ni siquiera se intenta, como en el caso del cobre, imitar prototipos de útiles —cuchillos, hachas, etc.—, mucho más funcionales en piedra. Con la orfebrería se desarrolla toda una nueva tipología de funcionalidad exclusivamente simbólica.

Así, las primeras piezas son simples laminillas o plaquitas que acompañarían seguramente a objetos de madera o cuero, realzando su valor, constituyendo en ocasiones claras diademas para la cabeza, o cuentas para engarzar en un collar. Junto a la cerámica campaniforme y presentando muchas veces decoración repujada, en ocasiones del mismo diseño geométrico que aquélla, aparecerán después los pendientes, los discos o botones y los torques, joyas éstas para el cuello que, junto a las gargantillas de tiras, evidencian una progresiva sofisticación técnica, lógicamente fechada ya al inicio de la Edad del Bronce. Junto a ellos, las pulseras de tiras, distintos tipos de espirales, bandas y cintas o placas de recubrimiento de materiales perecederos, marcan el paso hacia la aparición de brazaletes, lúnulas —adornos para el cuello en forma de media luna—, cadenas de espirales enlazadas



Diadema de la Cueva de los Murciélagos (Albuñol), Granada. Museo Arqueológico de Granada. Foto: J. A. García Castro.

das, etc., adornos todos ellos datados aproximadamente entre el 1800 y el 1550 a.C. En este último momento podría situarse el impresionante tesoro de Caldas de Reyes (Pontevedra), integrado, al menos, por 36 piezas de oro, entre las que se incluyen dos cuencos, una jarra y un peine, con un peso cercano a los 20 kg.

A lo largo de todo el período habían aparecido, ocasionalmente, objetos del mismo carácter que estos vasos, esto es, imitación en oro de formas funcionales: un alfiler de oro procedente de Penha Verde o un brazal de arquero, de procedencia exacta desconocida, pero con seguridad portugués, como el primero. A pesar de salirnos con ello del ámbito español al que se hace referencia aquí, merece la pena tenerlo en cuenta para valorar en su justa medida el significado, fundamentalmente simbólico, del oro. Desgraciadamente, la mayor parte de estas llamativas piezas procede, cuando no de extracciones clandestinas, de hallazgos antiguos en los que no se da cuenta del contexto, lo que nos impide profundizar en tal cuestión con los datos deseables.

Pero sabemos lo suficiente: las primeras piezas de oro conocidas proceden de contextos de enterramiento, distribuidos por toda la Península y no sólo por las dos zonas donde surge la metalurgia del cobre. La misma distribución se presenta al final del Calcolítico, cuando aparece la cerámica campaniforme. Los ajuares funerarios incluyen, además de esa cerámica, piezas de cobre —en general puntas de flecha o punzones—, botones de marfil o hueso, «brazaletes de arquero», etc., es decir, todo un sofisticado conjunto de elementos que destacan la importancia social del difunto a quien acompañan. Sin embargo, cuando entramos en pleno Bronce Antiguo, y al margen de la perduración de hallazgos campaniformes, la mayor cantidad de piezas se concentra en la fachada atlántica peninsular —Galicia y Portugal—, demostrando una evidente relación con otros territorios at-



Conjunto campaniforme de Fuente Olmedo. Museo Arqueológico de Valladolid. Foto: J. Latova.



Conjunto de Pantoja, Toledo. Museo de Santa Cruz, Toledo. Foto: J. Latova.

lánticos europeos, donde aparecen, sincrónicamente, diseños similares. No cabe duda de que existe un comercio a larga distancia que se verá progresivamente desarrollado a lo largo de las Edades del Metal.

En realidad, la evolución de la orfebrería sirve como perfecto indicador del proceso de transformación social: la metalurgia —de cobre y oro— surge cuando parecen necesarios elementos denotadores de status, reclamados por determinados individuos para exhibir su poder. Pero, al mismo tiempo, el control de tales materias primas, escasas y deseadas, es utilizado para acrecentar aquél. La pieza única, aislada, recibe todo su valor de lo que simboliza. Es su excepcionalidad la que la hace valiosa. Sin embargo, las piezas metálicas podrán utilizarse de otra manera cuando la desigualdad social esté perfectamente consolidada, cuando la ideología de la comunidad acepte sin resistencias la jerarquización, cuando frente al sentido horizontal de comunidad prevalezca sin problemas el sentido vertical de linajes —lo que es condición y consecuencia de la transmisión de un poder individualizado—. Esta situación se produce desde el final del Bronce Antiguo, como prueban las tumbas individuales con ajuares diferenciados y el enterramiento infantil asociado a ricos ajuares. Desde este momento, ya no será nece-

sario exhibir una pieza única para afirmar y reforzar un controvertido poder, sino que, al estar éste firmemente establecido, su posesión se convertirá, simplemente, en un atributo de él. A partir, sobre todo, del Bronce Final, la cantidad de piezas de oro poseídas revelará el alcance del poder del individuo y de ahí la aparición de los tesoros, concepto inexistente en las primeras fases metalúrgicas.

Por eso, quizás, las primeras piezas de oro se asocian a todo aquel elemento que sirva también para demostrar una posición social —la cerámica campaniforme, las piezas de cobre o las materias importadas—, mientras que aquellas que, poco después, aparecen en el ámbito atlántico, evidencian ya la capacidad de mantener y fortalecer las fuentes de poder, así como de monopolizar los recursos y técnicas que lo exhiben.

Por consiguiente, la simplicidad de las técnicas orfebres de los primeros momentos, no puede considerarse, en absoluto, reflejo del inestable proceso cultural subyacente, de enorme complejidad. Se está formando un orden nuevo, al que la jerarquía y la desigualdad son consustanciales. La orfebrería tuvo, sin duda, un gran papel que jugar en dicho proceso, apoyando y reforzando a los incipientes organizadores del nuevo sistema.

El oro durante el Bronce Final

Alicia Perca

El Bronce Final se desarrolla en la Península Ibérica a lo largo del período comprendido entre las últimas manifestaciones de la cultura argárica, hacia el 1300 a.C., y la aparición de los primeros asentamientos estables de colonos fenicios en las costas del Sur durante el siglo VIII a.C.

Si pudiéramos dar una característica común a los distintos ámbitos culturales de la Península tendríamos que hablar de las *relaciones internacionales*. El tráfico comercial en la fachada atlántica alcanza en este momento su máximo desarrollo y, a través de esta vía, circulan mercancías e ideas que, por encima de particularismos regionales, configuran una comunidad de comportamientos e intereses. Por su parte, el mundo mediterráneo comienza a tener un protagonismo creciente que culminará finalmente con un cambio definitivo en la orientación de las corrientes comerciales hasta entonces, imperantes.

El auge de la industria metalúrgica es otra de las características que podríamos considerar comunes a todo el ámbito peninsular. Se produce entonces un verdadero despegue tecnológico, resultado lógico de una experiencia acumulada y de la aparente mayor disponibilidad de recursos metalíferos.

El Bronce Final se configura así como una etapa de particular interés por cuanto en ella se producen una serie de transformaciones que abren un nuevo ciclo económico y social en la Prehistoria peninsular. La metalurgia del oro refleja fielmente esas transformaciones.



Tesoro de Villena. Museo Municipal de Villena. Foto: J. Latova.

Asistimos a una nueva forma de abandono que rompe con la tónica dominante durante el Bronce Antiguo y Medio. El oro deja de amortizarse en las tumbas para ocultarse en depósitos recuperables, en lugar aislado o supuestamente inaccesible, dentro de un recipiente para evitar su dispersión y generalmente en las inmediaciones de algún poblado.

Todos estos depósitos se componen de adornos en oro, sin armas o herramientas, excepto el depósito de Villena que presenta, además de 28 brazaletes con decoración de molduras, púas y calados y numerosos elementos de vajilla, varios revestimientos laminares, también en oro, que podrían interpretarse como guarniciones de espadas. Generalmente incluyen material de desecho o semielaborado, como el caso del depósito de Bodonal de la Sierra con piezas fragmentadas y lingotes, o el de Bélmez que incluía un amasijo de piezas a medio fundir. Parece evidente que la finalidad de estas ocultaciones era la fusión y reaprovechamiento de sus piezas.

La cuestión que surge al tratar de anallizar estos conjuntos es el tipo de estructura socioeconómica que determinó la aparición de esta forma de acumulación de riqueza, común a gran parte del occidente europeo. Y en última instancia, a quién pertenecieron en su momento y con qué fin se fabricaron las piezas que ahora se ocultan. El auge de la metalurgia durante el Bronce Final se cimentaba en unas redes de suministro de materias primas, basadas en alianzas entre élites locales, dentro de una sociedad competitiva en pleno proceso de expansión política y económica. Sin embargo, el fenómeno de la acumulación de riqueza está restringido a un momento muy concreto dentro de esta etapa, como veremos más adelante al hablar sobre cronología.

Son dos los factores que avalarían la hipótesis de que armas de bronce y adornos de oro, y en definitiva la acumulación de riqueza, son elementos que determinan la capacidad personal o de grupo para acceder a un estatus a partir del cual se pueda establecer un control sobre los recursos minerales y los mecanismos comerciales de su distribución.

Los objetos de metal que conocemos en la mitad meridional de la Península son mayoritariamente armas y adornos, estando ausentes prácticamente los útiles y herramientas, salvo las hachas. Ninguna de las grandes piezas de oro aparece en contexto funerario. A ello hay que añadir que en este momento desconocemos las formas de enterramiento, sólo tenemos constancia de la existencia de estelas funerarias decoradas con representación de guerreros acompañados de un rico ajuar que pueden interpretarse como

una sustitución de las piezas reales. Habría que concluir, por tanto, que el metal es algo demasiado valioso y codiciado en este momento para abandonarlo definitivamente en las tumbas. Está fuera de toda duda que estas estelas reflejan la existencia de personajes importantes dentro de la comunidad. Que las armas en general, y las espadas en particular, tienen un significado que va más allá de su propia utilidad bélica se demuestra en la costumbre de arrojarlas a las aguas, probablemente a la muerte de su poseedor, o de conseguirla y heredarla como reconocimiento de poder.

La riqueza en recursos minerales de la Península se centra sobre todo en el cobre del S.O., y el estaño y oro del N.O. Esta riqueza complementaria, en un momento en el que la metalurgia atlántica tiene una creciente demanda de materias primas, debió ser la base de una economía regional en la que intercambios y alianzas jugaron un papel de importancia vital. Que estas alianzas se materializaran en intercambio de regalos entre dirigentes locales es algo que parece plausible si atendemos, por ejemplo a la dispersión de los brazaletes cilíndricos con molduras, púas y calados. Los hallazgos de este tipo se concentran en el Alto y Baixo Alentejo portugués; sin embargo, en el levante español conocemos un solo hallazgo que contenía 28 ejemplares, dentro del conocido depósito de Villena con un peso total en oro de 9 kilos.

Las razones e intereses de estos contactos entre el occidente y oriente peninsular sólo estarían justificados en la búsqueda de nuevos mercados y en una creciente demanda de objetos de prestigio por parte de zonas marginales que se ven, sin embargo, favorecidas por su posición estratégica como punto intermedio entre los contactos atlánticos y el Mediterráneo central.



Cuenca de Axtroki. Museo Arqueológico Nacional. Foto: J. Latova.

Volviendo a la interpretación de estos depósitos, parece defendible su calificación de «depósitos de fundidor» ya que es evidente que estaban destinados a la fusión del metal para su reelaboración. Otra cosa es determinar la propiedad de estos conjuntos. Si el oro no se deposita en las tumbas, al menos como norma general, es lógico pensar que debido a su alto valor se transmitiera entre aquellas personas o grupos que tuvieran alguna posibilidad a su acceso, por derecho o por fuerza. En uno u otro caso, indicarían una sociedad estratificada y en competencia por el poder reflejado en la acumulación de riqueza. El hecho de que esta riqueza se oculte podría ser sintomático de una situación política inestable. Sin embargo, el sistema parece que funcionó sin mayores cambios a lo largo de varios siglos, hasta que los colonizadores del Sur peninsular afianzan su posición, y así todo, esto no provocó grandes convulsiones sino la progresiva sustitución de los centros de poder económico y por tanto una nueva orientación de los intercambios comerciales.

La organización artesanal se vio afectada por el aumento de la producción. Aunque tenemos realmente pocos datos sobre la actividad metalúrgica en los poblados contamos muy recientemente con un hallazgo de excepción: el taller metalúrgico del poblado de Peña Negra, Alicante. Se trata de una habitación de planta rectangular en cuyo interior se situaba un horno de fundición compuesto por un anillo de arcilla de 60 cm de diámetro. El interior del recinto se encontraba limpio de restos relacionados con la actividad del taller; sin embargo, en el exterior se había acumulado una escombrera formada por cenizas, carbones, escorias y unos 300 fragmentos de moldes para fundir espadas, puntas de lanza y hachas.

El taller de Peña Negra es el primero que conocemos dedicado a una actividad especializada con exclusión de otras cotidianas. Durante el Bronce Antiguo y Medio la metalurgia era una actividad que se practicaba dentro de las unidades de habitación en donde se documentaban asimismo las labores relacionadas con la subsistencia. Todo ello parece indicar que algunos poblados de cierto tamaño, o de especial riqueza por su situación cercana a recursos minerales, tenían capacidad suficiente para mantener un taller metalúrgico de carácter permanente y artesanos especializados a tiempo completo. Sin embargo, la figura del orfebre, como especialista del trabajo del oro, no aparece todavía definida en el registro arqueológico. Orfebres y bronceistas serían una misma persona, como parece poder desprenderse del depósito de Cabe-



Brazaletes de Sagrajas. Museo Arqueológico Nacional. Foto: J. A. García Castro.

zo de Araya compuesto por numerosas piezas de desecho en bronce y un lingote de oro.

Si la mayoría de las piezas metálicas de este momento pueden interpretarse como objetos de lujo, prestigio, ceremonia o parada, parece coherente pensar que la figura del artesano tuvo un valor cotizabile, y si su actividad se desarrollaba a tiempo completo, su manutención dependería del resto de la población, trabajando a las órdenes de la persona o sector dirigente que era el que, en definitiva, disponía de la producción. Aquí reside la conexión que justifica mantener la denominación de «depósitos de fundidor» para estos hallazgos que hemos estado comentando, puesto que ellos constituyen la riqueza acumulada y oculta para hacer uso de ella en el momento necesario. No es posible aceptar, como tradicionalmente se venía haciendo, que estos conjuntos fueran la propiedad de un orfebre, pues su posesión le daría acceso a una posición que no parece haberle correspondido en la sociedad.

El aspecto cronológico de la producción de oro durante el Bronce Final es un tema todavía debatido debido a la falta de contextos y asociaciones para la mayoría de los hallazgos conocidos. Las bases de su estudio se han centrado tradicionalmente, con obligada exclusividad, en una serie de paralelos tipológicos con otras producciones europeas que se caracterizan a su vez por las mismas carencias e indefiniciones, por lo que nos encontramos en un círculo de difícil salida.

Es por tanto prematuro, o cuanto menos arriesgado, establecer una cronología absoluta con los datos actuales. Dado que los únicos datos fiables con que contamos son los de carácter técnico, y la única referencia cronológica segura

viene de los asentamientos fenicios de la costa, expondré la ordenación temporal de los hallazgos de oro españoles en un orden inverso al habitual, esto es, empezando por los más recientes y cercanos a la presencia fenicia.

La secuencia estaría encabezada por el depósito de Bélmez compuesto por un brazaletes con decoración incisa, a base de triángulos y rombos, y un amasijo de piezas a medio fundir. En este amasijo se ha podido identificar un pequeño colgante en forma de ánfora, de origen indudablemente orientalizante, y un lingote en forma de hogaza de pan. Este tipo de lingote en oro se ha documentado en una ocultación de orfebre encontrada en Eretria (Grecia) y fechada en el siglo VII a.C.

Entre las técnicas introducidas en la Península por los colonizadores está la de la filigrana. Consiste básicamente en la decoración de la superficie de la joya mediante la soldadura de finos hilos de oro. Pues bien, en el conocido brazaletes portugués de Cantonha (Guimarães, Braga) aparece una decoración en filigrana que denota indudables contactos con las técnicas fenicias. Este brazaletes está formado por dos gruesos aros, decorados con incisiones a base de triángulos y rombos, entre los que se sitúa una pieza decorada con molduras y púas. Esta pieza es un documento fehaciente de la coetaneidad, en un momento determinado, de los tipos y técnicas representados por los torques de Sagrajas, Berzocana, Senhora de Guia, etc., y los brazaletes del tipo Villena. Ninguna de estas piezas puede situarse muy alejada del conjunto de Bélmez puesto que los patrones compositivos de las decoraciones incisas son muy similares.

Otra pieza que denota igualmente algún contacto con los colonizadores es un disco de procedencia desconocida que presenta en los extremos una incipiente decoración en filigrana.

Algo más alejado en el tiempo hay que situar el brazaletes de Alcudia. La técnica de verter oro fundido para conformar los extremos y unir las varillas que conforman el cuerpo parece bastante primitiva.

Cerrando la serie hay que situar el conjunto de Bodonal de la Sierra. Dos de los extremos cónicos que formaban parte del conjunto presentan una decoración incisa algo menos compleja que la que presentan los torques. Los paralelos tipológicos con piezas francesas e irlandesas apuntan a un momento antiguo, quizá algo desplazado con respecto a los demás depósitos.

Así pues, las peculiaridades técnicas, morfológicas y decorativas de esta producción parecen indicar un espacio de tiempo no muy amplio para la aparición, desarrollo y extinción de la



Brazaletes de la Torrecilla. Madrid. Museo Municipal de Madrid. Foto: J. Latova.

orfebrería representada en la mayoría de los depósitos del Bronce Final, en un momento en el que las relaciones exteriores, tanto atlánticas como mediterráneas, alcanzan su momento de apogeo.

El afianzamiento de la posición económica de los asentamientos fenicios de la costa produce toda una serie de transformaciones políticas y sociales que tienen como resultado, en el caso de la orfebrería, la rápida sustitución de los tipos característicos indígenas por piezas en mayor conexión con el repertorio orientalizante mediterráneo.

Bibliografía

- ALMAGRO GORBEA, M. 1974: «Orfebrería del Bronce Final en la Península Ibérica. El tesoro de Abía de la Obisपालía, la orfebrería tipo Villena y los cuencos de Axtroki», *Trabajos de Prehistoria*, 31.
- 1977: *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*, Madrid.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ GÁLVEZ, M. en pr.: «La metalurgia de Peña Negra en su contexto del Bronce Final europeo», *Actas del XX Congreso Nacional de Arqueología, Castellón de la Plana*.
- RUIZ GÁLVEZ, M. 1982: «Nueva espada dragada en el río Ulla. Armas arrojadas a las aguas», *El Museo de Pontevedra*, XXXVI.

- 1984: «Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce», *Trabajos de Prehistoria*, 43.
- 1988: «Oro y política. Alianzas comerciales y centros de poder en el Bronce Final del Occidente peninsular», *Espacio, Tiempo y Forma, Homenaje al Prof. Ripoll Perelló*.
- 1989: «La orfebrería del Bronce Final. El poder y su ostentación», *El Oro en la España Prerromana, Monografía de Revista de Arqueología*.
- SCHÜLE, W. 1976: «Der Bronzezeitliche Funde von Villena (Alicante)», *Madrid Mitteilungen*, 17.
- SOLER, J. M. 1965: *El tesoro de Villena*, Excavaciones Arqueológicas en España n.º 36.
- 1987: *Excavaciones Arqueológicas en el Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*, Alicante.

Orfebrería orientalizante

Fernando Fernández Gómez

Llamamos «orientalizante» en Arqueología a aquel período cultural durante el cual tuvo lugar la llegada a la Península de los pueblos del Mediterráneo Oriental, que venían a nuestra tierra en busca sobre todo de metales, cobre, plata, estaño, a cambio de los cuales nos dejaron elementos materiales y culturales que hicieron evolucionar el curso de nuestra historia, pues de la mano de ellos, fenicios, griegos, nos iremos integrando en el marco económico y cultural mediterráneo.

Estos contactos no eran nuevos. Se venían produciendo desde el Neolítico, 3000 años antes, y se habían mantenido con carácter más o menos esporádico a lo largo de las Edades del Cobre y del Bronce. Pero sólo ahora, a finales de este último período, empezará a tratarse de contactos sistemáticos y de intercambios verdaderamente eficaces, pues ciertamente lo fueron, desde el punto de vista cultural, los elementos que aquí nos dejaron, aunque su introducción no fuera un objetivo intencionado, no fuera al menos un objetivo prioritario, sino algo puramente accidental, desprendido de la dinámica propia de las actividades comerciales, que eran el único fin realmente perseguido, y derivado de

la simple presencia del hombre con su bagaje espiritual.

Por medio efectivamente de fenicios y griegos, llegarán hasta nosotros, a partir quizá de 1100 a.C., como nos dicen las fuentes escritas, pero sobre todo a partir del siglo VIII, como constata repetidamente la Arqueología, invenciones tan trascendentales como el torno del alfarero, el uso del hierro y la escritura. Y una religión nueva, por primera vez con dioses personales, cuyos nombres y rasgos conocemos. Y un nuevo rito funerario, que conlleva la cremación de los cadáveres y la introducción de sus restos en urnas cinerarias que son posteriormente enterradas en el suelo, en simples hoyos, o colocadas en cámaras sepulcrales que se cubren de tierra, dando lugar en ocasiones a túmulos monumentales.

Hay asimismo en esta época un considerable desarrollo de la ciudad y sus estructuras, un comienzo del urbanismo. De entonces datan también las primeras ciudades de la Península cuyos nombres propios han llegado hasta nosotros. Ya hemos citado a Gades, pero no es sólo ella. También Onuba, y Malaka, y Sexi, y Abdera, y otras muchas por toda la costa mediterránea, hasta Emporion y Rhode, fueron fundadas entonces. Y no sólo de la costa, sino también del interior, sobre todo a lo largo de las cuencas de los grandes ríos, aunque conozcamos sus nombres en menor proporción. Pero enton-

ces fueron fundadas Caura, Arva, Nabrisa, Carmo, Celti, Cástulo, y muchas otras.

Las influencias orientalizantes fueron en realidad tan intensas que penetraron incluso hasta muy al interior de la Península, hasta los pueblos de la Meseta, que a pesar de todo aún habrán de tardar varios siglos en aprender a manejar el torno, y todavía más en utilizar la escritura y la moneda. Allí habremos de encontrar, sin embargo, en Medellín y Segura de León (Badajoz), Aliseda y Serradilla (Cáceres), Candeleda y Sanchorreja (Ávila), y en otros lugares, elementos orientalizantes, fenicios, etruscos, griegos, que hasta allí llevan los activos comerciantes meridionales.

De entonces datan también las primeras monarquías históricas, pues entonces vivió Argantonio, el mítico rey de Tartessos, la ciudad, aún oculta en el misterio, que más intensas relaciones mantuvo con los pueblos orientales, con las cuales se enriqueció de tal manera que pudo incluso ofrecer ayuda a los griegos de Focea para amurallarse y defenderse del peligro persa.

Y llegó a tanto el prestigio de la ciudad situada en los confines del Mediterráneo, que en su territorio habrían de localizarse algunos de los trabajos de Hércules, el dios griego al que los fenicios de Cádiz levantarían un templo, asimilándolo a su Melkart, al cual, como a aquél, acabarían cubriendo con la piel de león. Y le ofrecerán a lo largo del tiempo tal cantidad de exvotos, que muchos años más tarde llegarán a provocar la codicia de los soldados cartagineses y romanos.

En Tartessos se situó el Jardín de las Hespérides. Allí crecía el árbol que proporcionaba manzanas de oro maravillosas que concedían la inmortalidad. Las guardaba Ladón, el monstruo de cien cabezas, al que matara Hércules, para llevárselas y alcanzarla, como había de matar después a los pastores que cuidaban las vacas de Geryón, para robárselas, y, embarcado de nuevo en el cuenco de oro que, para llegar, le facilitara Helios, el sol, emprender el regreso a Oriente.

De esas ciudades, de esas tumbas, de esos templos, proceden las joyas que vemos en la Exposición y vamos a analizar ahora aquí en su conjunto. Unas estuvieron destinadas a realzar el atractivo de las mujeres de la época, otros a dar prestancia a sus dioses y sacerdotes, o a prestar autoridad a sus reyezuelos. Que no nos absorba, por tanto, sólo su belleza formal. Esforcé-



Segura de León, Badajoz. Museo Arqueológico de Badajoz. Foto: J. Latova.

monos por trascenderlas y captar todo su significado, personal, político, religioso. E imaginémoslas acompañadas de todo lo que constituyó su contexto material, marfiles, huevos de avestruz, cerámicas pintadas, bronce litúrgicos, imágenes de dioses, monstruos alados, animales sagrados, esfinges, leones, serpientes, grifos, representaciones astrales, etc. Todo un mundo nuevo surgiendo de la raíz de un pueblo indígena, injertado con aportes orientales, que harán brotar lentamente una nueva cultura, tan relacionada con los pueblos orientales que la caída de éstos, a lo largo del siglo VI a.C., será causa de su caída, para dar lugar a un nuevo capítulo de nuestra historia, la de los pueblos ibéricos. En la orfebrería se opera, en este período orientalizante, una auténtica revolución, un enriquecimiento como no se había conocido nunca antes hasta ahora, pues supone la introducción de profundas innovaciones tecnológicas, formales y de contenido. Ya no se trata de ofrecer sólo objetos bonitos, sino también elocuentes, representativos. Llegan, por tanto, técnicas, elementos e ideas, nuevas para nosotros, pero que ya eran conocidas desde hacía siglos en otras partes del Mediterráneo, Egipto, Mesopotamia, Siria, Fenicia, Grecia, Chipre, Etruria..., consiguiéndose de esta manera tal homogeneidad en la producción de los distintos talleres, que resulta en ocasiones sumamente difícil decidir si nos hallamos ante una joya importada, indígena o realizada en nuestro suelo por algún orfebre extranjero.

Algunas innovaciones tienen sólo un sentido económico. Así la de las joyas huecas, o las aleaciones, que sólo pretenden un ahorro de metal, de cuya escasez parece eran todos conscientes, lo que siempre ha constituido parte de su atractivo. Ya no se harán más, o se harán muy pocas, joyas macizas. Lo serán sólo las de pequeño tamaño. Las grandes irán siendo cada vez con mayor frecuencia un alma de bronce o resina forrada por una fina lámina de metal precioso. O simplemente huecas. Son joyas que carecen, por tanto, de la solidez de las del Bronce Final, y de la que tendrán las producciones de la orfebrería castreña. En éstas predomina la masa y el peso. En las orientalizantes se buscará ante todo la perfección, el virtuosismo. Su frecuente delicadeza ha provocado que en ocasiones lleguen hasta nosotros en deficiente estado de conservación, pues la oxidación del alma de cobre ha causado la rotura del forro de oro, como podemos ver en los pendientes de El Acebuchal (Carmona, Sevilla), y es frecuente observar en muchos anillos signatarios.

La producción de hilos de metal conocerá ahora un enorme desarrollo, y se trabajará con hi-



Broche de cinturón con remaches de oro. El Acebuchal. Museo Arqueológico de Sevilla. Foto: J. Latova.

los de sección circular y cuadrada, lisos o torsionados, solos o por parejas, simplemente retorcidos, o formando sogueados, trenzas y aun, cuando el número de hilos lo permite, auténticas cadenetras y cordones, que conservan, a casi tres mil años de distancia, toda su flexibilidad y belleza, como podemos comprobar en el collar del tesoro de El Carambolo.

A lo largo de este período se irá introduciendo asimismo en las joyas el gusto por las incrustaciones de piedras preciosas y los complementos de vidrio y esmalte policromo, actualmente perdidos por lo general, pero que en su día debieron enriquecerlas de manera notable. Restos de ellos tenemos aún en la diadema de La Aliseda y, casi imperceptibles, en algunas de las piezas

de El Carambolo. Con mayor frecuencia se han conservado los escarabeos y las piedras preciosas o semipreciosas engastadas en muchos anillos.

A este momento corresponde también la introducción del troquel y la estampilla, medios mecánicos de conseguir elementos decorativos en serie para las joyas, ya mediante la adición de complementos, como las rosetas de uno de los conjuntos de El Carambolo, ya actuando directamente sobre el cuerpo de la joya, como en la diadema de Crevillente (Alicante), donde se halló asimismo una matriz de bronce que acredita localizarse allí el taller de un orfebre.

La adición de complementos decorativos se hace posible en esta época por el empleo de otra técnica revolucionaria, la soldadura, en cuyo manejo llegarán a alcanzarse ahora altas cotas de perfección.

Donde el dominio de la nueva técnica se manifiesta con más claridad es, quizá, en los tesoros de Evora y La Aliseda, con la introducción del «granulado», otra técnica decorativa nueva para nosotros, que implica no sólo el conocimiento de la soldadura, sino también del modo de conseguir en serie, por millares, los pequeños corpúsculos, de hasta un par de décimas de milímetro de diámetro, con los cuales unas veces se rellenarán superficies planas previamente delimitadas, una especie de barrido, como en La Aliseda, y otras incluso se trazarán figuras, y se dibujarán con tal perfección y seguridad que se podrán decorar piezas enteras mediante una sucesión de motivos repetidos. Se tiene, por tanto, capacidad suficiente para manejar y fijar



El Carambolo. Camas, Sevilla. Ayuntamiento de Sevilla. Foto: J. A. García Castro.

esos gránulos tanto en masa, como de manera individualizada, uno por uno, lo que causa todavía mayor admiración.

Si en el manejo del granulado el orfebre de Evora se equipara quizá al de La Aliseda, en lo que nadie supera a éste es en el tratamiento de la «filigrana», técnica introducida también en nuestra Península por los maestros orientalizantes, lo mismo que el «calado», mediante los cuales las piezas adquieren un aspecto que parece más propio del tejido que de un objeto metálico. Ambas ofrecen una muestra tardía, ya con influjos griegos, pero de una belleza impresionantemente en Jávea (Alicante).

De otra nueva técnica es preciso todavía hablar en este momento, del «repujado». Consiste en la decoración de una lámina de metal, por medio de un punzón de boca redonda, al presionar sobre una superficie blanda. Es el medio que se ha empleado, por ejemplo, en las placas de Serradilla y Segura de León, complementado con el granulado para mejor delimitar las cabezas humanas y animales.

Todas estas nuevas técnicas decorativas podemos verlas alternar frecuentemente con detalles grabados, conseguidos a base de punzón y cincel, ya para enriquecer otros motivos, ya para constituirlos ellos solos, como los veíamos en el período anterior y los seguiremos viendo en los posteriores, pues es técnica que no dejará nunca de utilizarse.

Como seguirá utilizándose la fundición, pero ahora «a la cera perdida», que permite la consecución también de joyas huecas, pero no a base de láminas soldadas o envolviendo un núcleo, como citábamos anteriormente, sino formando objetos de una sola pieza. De este modo se realizan, por ejemplo, los «candelabros» de Lebrija (Sevilla), así llamados para dar a entender que son objetos pensados como portadores de luz. Debieron pertenecer a algún templo y servir de soporte a otras tantas lucernas o quemaperfumes que dieran testimonio de la presencia viva de la divinidad.

Decíamos al principio que ahora se había enriquecido también de manera notable el repertorio formal de joyas, muchas de las cuales han llegado prácticamente sin variación hasta nuestros días. Pues ahora vemos efectivamente aparecer desde los anillos, medallones y otros tipos de colgantes, hasta los amuletos zoomorfos y las estatuillas de ídolos o sacerdotes, con una enorme riqueza de formas y variedades, diademas, collares, cinturones, arracadas, etc., como podemos comprobar en las salas de exposición.

En las joyas de este período queda asimismo patente otra importante novedad, el deseo de transmitir a los demás, a través de esas formas y de

esos motivos decorativos, una idea, o todo un mensaje, de contenido mágico o religioso, cuyo significado profundo muy pocas veces somos capaces, sin embargo, de penetrar.

Y creemos comprender el significado de los crecientes lunares, y los ponemos en relación con la capacidad de resurgir, de renovarse permanentemente, de no morir para siempre. Y el del sol que aquéllos enmarcan con frecuencia, el astro rey del que se desprende toda vida. Y ver en las palmetas y flores de loto, unas veces sólo adornos, pero otras representaciones del árbol de la vida; y en los animales alados, animales sagrados; y en el enfrentamiento contra los monstruos, la lucha contra el mal; y en la serpiente, un símbolo de lo oculto, de lo misterioso, de lo escondido en las profundidades de la tierra, etc. Un auténtico lenguaje iconográfico que se repetirá y renovará con frecuencia a lo largo de la historia del arte.

Otras veces el mensaje, si es que existe, permanece hermético, y tenemos que conformarnos con describir las figuras que aparecen en esta diadema, o las rosetas del pectoral, y preguntarnos si estos sellos se utilizaron realmente como tales y sirvieron para identificar a su portador, o si fueron simples objetos de adorno, como aquellos pendientes, aquellos collares y colgantes, aquellos «nezem» para la nariz, estos brazaletes y espirales, esas arracadas, muchos de los cuales vemos enriquecidos con pequeñas cabezas humanas y animales, carneros, leones, halcones, pajarillos, bellotas colgantes, cresterías de flores de loto, etc., todo un mundo nuevo puesto de repente ante los ojos de unos indígenas que no sabemos hasta qué punto fueron capaces, ellos mismos, de entender ese mensaje, de trascender el objeto para captar la idea que querían desprender. Y si la captaron, hasta qué punto llegaron a asimilarla y hacerla suya, a identificarse con ella.

En cualquier caso, está claro que muchas de estas joyas orientalizantes fueron para unos y para otros, indígenas y colonizadores, algo más que simples objetos de adorno.



Tesoro de Evora. Cádiz. Museo Arqueológico de Sevilla. Foto: J. Latova.

El mundo púnico

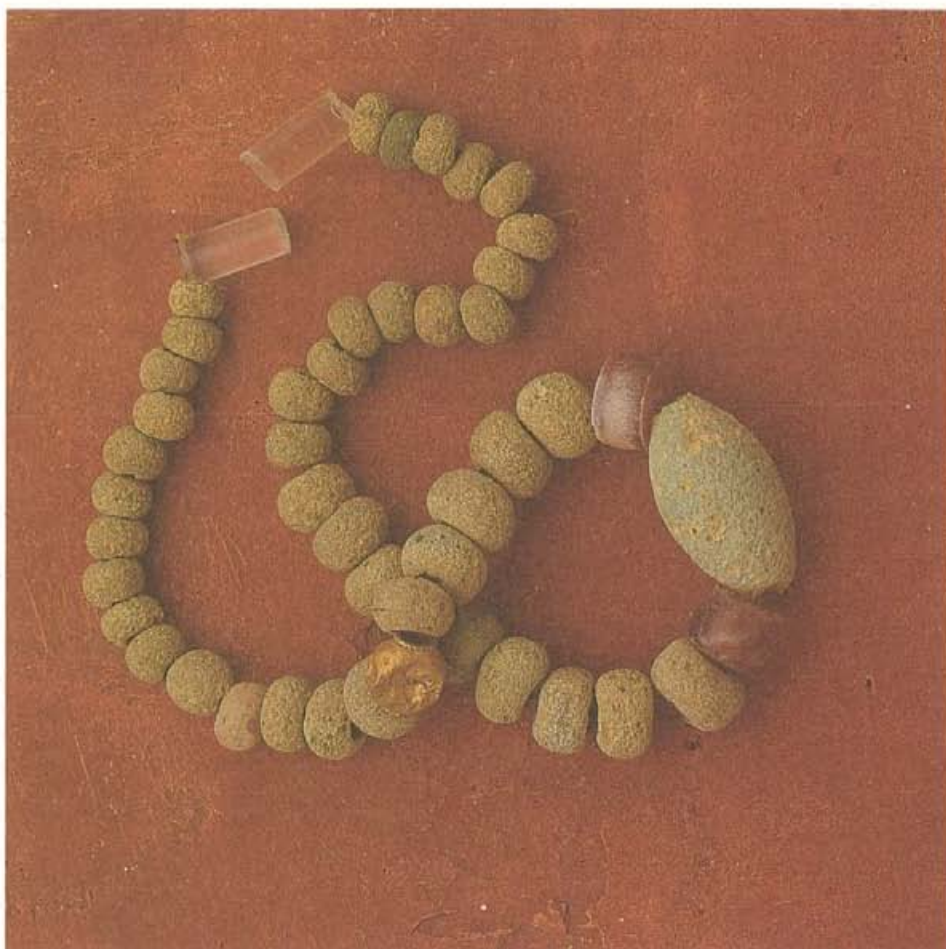
Alicia Rodero Riaza

El siglo VIII a.C. marca el inicio de la colonización fenicia en el sur peninsular. Si comenzamos por Cádiz, habría que recordar la falta de correlación existente entre la fecha de su fundación, que según las fuentes literarias (C. Velejo Patérculo) fue en el 1100 a.C., y los hallazgos arqueológicos. No existe ninguna pieza encontrada en un contexto arqueológico que pueda fecharse en el siglo VIII. Sin embargo, los datos procedentes de yacimientos como el Castillo de Doña Blanca (Cádiz), los cabezos de San Pedro, La Esperanza y La Joya (Huelva) o de los asentamientos fenicios de la Andalucía mediterránea, hacen suponer que estaba habitado por esas mismas fechas o incluso antes, puesto que los colonizadores necesitarían una base, a partir de la cual poder entrar en contacto con los centros tartésicos del sur peninsular, y así poder abastecerse de plata y hierro.

En este sentido es interesante recordar el óptimo emplazamiento de Cádiz, localizado en una isla, en la desembocadura del río Guadalete, no lejos del valle del Guadalquivir, y protegiendo el acceso directo a la riqueza minera de Sierra Morena y de la Sierra de Huelva.

En cuanto a la Andalucía oriental el conocimiento de su colonización es bien distinta. Allí es donde contamos con las fechas más altas y precisas (inicios del siglo VIII a.C.) para la presencia fenicia en yacimientos como Morro de Mezquitilla, Chorreras y Toscanos en la desembocadura de los ríos Algarrobo y Vélez, o Almuñécar sobre el delta de los ríos Verde y Seco, ubicados de tal manera que reproducen siempre el mismo patrón preconcebido: localizados en lugares elevados y resguardados, cerca de un río, y en bahías o ensenadas bien protegidas para utilizarse como fondeaderos (en Toscanos se ha documentado incluso la existencia de un desembarcadero). Su función de puerto era necesaria como punto de atraque para esperar las condiciones óptimas de navegabilidad en el cruce del Estrecho y alcanzar Tartessos sin dificultad, y también como lugar de internada en los viajes de vuelta a oriente. Esa situación provoca la organización de algunos de los asentamientos como factorías comerciales que funcionan como intermediarias o redistribuidoras de los productos tartésicos.

En la elección del territorio los colonizadores buscaban, además, áreas con vegas fértiles donde desarrollar labores agrícolas y ganaderas para su autoabastecimiento. Resulta curioso,



Collar púnico de Cádiz. Museo Arqueológico de Cádiz. Foto: J. Latova.

por ejemplo, la identificación de la gallina entre los restos de fauna de Toscanos, especie desconocida hasta el momento en la Península Ibérica, dato que apoya que las gentes de este enclave se ocupaban de sus propios recursos ganaderos, en vez de conseguir ciertos animales de los grupos indígenas vecinos.

Desde el punto de vista arquitectónico la información obtenida en Morro de Mezquitilla, Chorreras y Toscanos nos demuestra una perfecta organización, con casas agrupadas a lo largo de grandes calles, con un amplio número de habitaciones. En Toscanos, en torno al 700 a.C., se llega a construir un enorme almacén de tres naves y dos pisos, en cuyo interior se hallaron gran cantidad de fragmentos de vasos de transporte y almacenamiento.

Entre las actividades documentadas, al margen de la puramente comercial, contamos con una posible industria textil (restos de murex parti-

dos de la misma manera que lo hacían los productores de púrpura), una alfarera, y por supuesto la metalúrgica. Parece claro, hoy en día, que no sólo se abastecieron de los focos metalúrgicos del occidente andaluz para trasladar el género al Próximo Oriente, sino que también hay que tener en cuenta las concentraciones de hierro en Cartagena, Almería, Málaga y Granada, posiblemente utilizadas en la metalurgia del hierro en Morro de Mezquitilla en torno al 800 a.C. En dicho yacimiento se han localizado una serie de hornos destinados a la reelaboración y refundición local del hierro, puestos en funcionamiento en el momento de la fundación de la colonia. Según el Prof. Schubart, no son hornos de fundición primaria, pues de ser así mostrarían unas huellas de combustión mucho más fuertes y sería mucho mayor la cantidad de escoria de hierro. Supone también que esos hornos primarios estarían fuera del poblado o en la propia mina. En Toscanos también se documen-

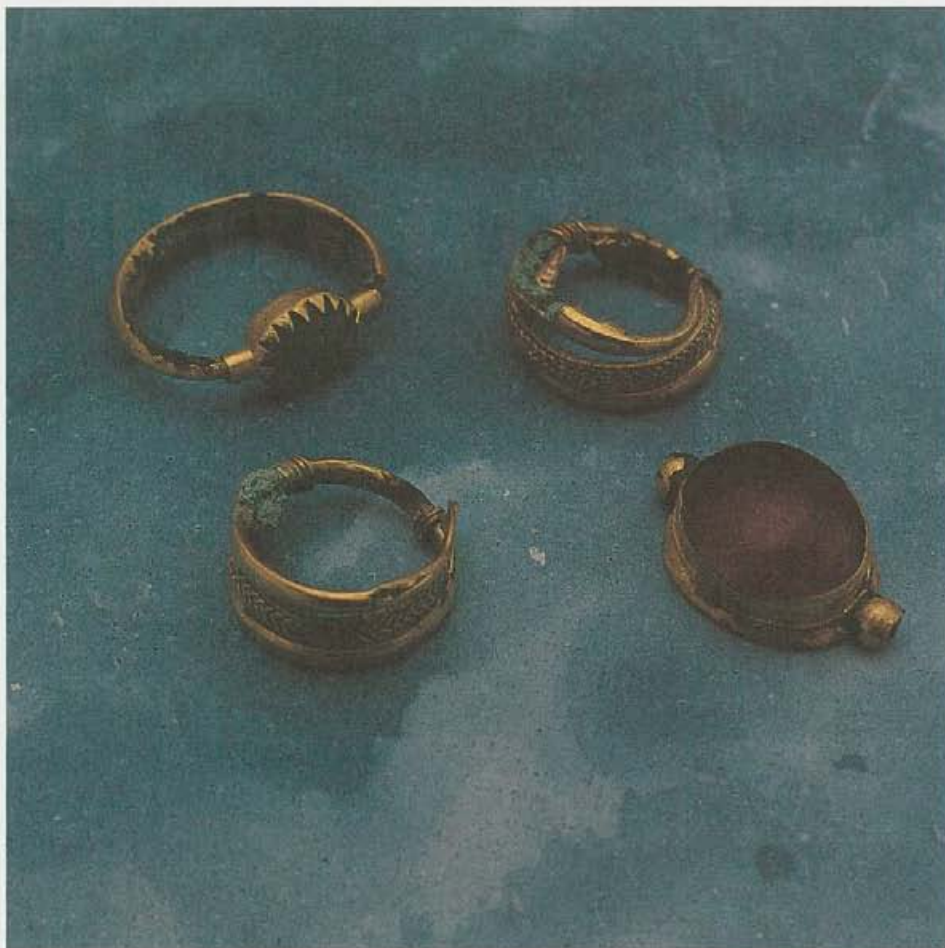
ta la metalurgia de hierro y cobre a partir del 700 a.C.

En resumen, la situación de estas colonias del oriente andaluz cumplían todos los requisitos necesarios para funcionar como tal: situación topográfica adecuada, vega fértil, posibilidades pesqueras y yacimientos mineros cercanos.

Mientras el oriente andaluz veía multiplicarse las colonias y factorías fenicias durante los siglos VIII y VII a.C., Tartessos intensificaba el comercio con el mundo fenicio y se iba aculturando progresivamente. Su actividad metalúrgica, bien documentada en San Bartolomé de Almonte y en el cabezo de San Pedro (Huelva) gracias al hallazgo de hornos de fundición y de escorias de plata desde el Bronce Final, así como la riqueza minera de las actuales provincias de Huelva y Sevilla constituyeron sólidos argumentos para la llegada de los colonizadores; pero sin establecer colonias al estilo de las de Málaga y Granada, sino que se fueron asentando paulatinamente, y creando unas sólidas relaciones de comercio e intercambio, hasta provocar la intensa orientalización de Tartessos.

Entre todos los elementos de la cultura material fenicia que constituyeron importantes objetos de comercio o intercambio, y que incluso llegaron a fabricarse en la Península (Cádiz, por ejemplo), destaca la joyería, interesantísima artesanía ya descrita en las fuentes literarias desde época de Homero. Sus antecedentes quedan bien documentados en Ugarit desde los siglos XIV-XIII a.C. Desde el punto de vista técnico destaca la utilización del repujado, la granulación y la filigrana, para lo que se requería un profundo conocimiento de la soldadura. Se utilizan simultáneamente diversas materias, principalmente oro y piedras preciosas. Tipológicamente desarrollaron, sobre todo, pendientes, colgantes, collares y brazaletes. Entre los temas decorativos utilizados, en los que se recurre frecuentemente a motivos egipcizantes, destacan los fitomorfos (palmeta, flor de loto, roseta), antropomorfos, zoomorfos (escarabeos, halcones, grifos) y geométricos.

Entre todo el conjunto de piezas recuperadas a lo largo de los años, hay que resaltar las procedentes de Cádiz, halladas normalmente en los ajuares de las tumbas: anillos giratorios con el escarabeo engastado en oro, utilizados como sellos signatarios; arracadas con filigrana formando cenefas de meandros, pendientes cerrados o abiertos; o el medallón procedente de la necrópolis de Trayamar (Málaga), con la típica decoración de un «omphalos» flanqueado por dos aureus sobre cuyas cabezas apoyan dos halcones, y sobre este motivo un disco solar alado y otro disco con el creciente lunar.



Anillos y pendientes. Museo Arqueológico de Cádiz. Foto: J. Latova.

Bibliografía

- AA.VV. 1988: «El Oro en la Península Ibérica». *Número monográfico de la Revista de Arqueología*.
- NIEMEYER, H. G. 1986: «El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función». *Los Fenicios en la Península Ibérica*, pp. 109-126.
- PEREA CAVEDA, A. 1986: «La orfebrería púnica de Cádiz». *Los Fenicios en la Península Ibérica*, pp. 295-322.
- SCHUBART, H. 1986: «El asentamiento fenicio del siglo VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)». *Los Fenicios en la Península Ibérica*, pp. 59-83.

Orfebrería ibérica

Fernando Fernández Gómez

Los persas, tras los asirios, se han ido adueñando, a lo largo del siglo VI a.C., de las grandes metrópolis del Mediterráneo Oriental que comerciaban con las de nuestra Península. Tiro y las otras ciudades-estado fenicias van cayendo a lo largo del siglo VII a.C. Caen también, en el VI, las griegas del Asia Menor. La crisis se agrava con el mutuo enfrentamiento entre cartagineses-etruscos y griegos, los cuales miden sus fuerzas en aguas de Córcega en 535. No parece haber un vencedor claro. Lo que sí está claro es que, como resultado de todas estas luchas y confrontaciones bélicas, el centro de gravedad del poder político y económico del Mediterráneo se va desplazando hacia el Oeste. El 814 había sido fundada Cartago, en la costa de África, por aristócratas huidos de Tiro, metrópolis fenicia con la que seguirán manteniendo contactos permanentes. En la península italiana la hegemonía la detentan por entonces los etruscos. Pero en 753 se han puesto los fundamentos de una nueva ciudad que poco a poco va acaparando mayores cotas de poder, Roma.

En nuestra Península la consecuencia de todos estos sucesos es la progresiva desaparición de lo que en ella había sido Tartessos, con todo su poder económico y, sobre todo, con su gran capacidad de aglutinación política.

A partir del siglo V a.C. ya no podemos hablar más de cultura tartésica, ni de materiales orientalizantes. El antiguo reino se fracciona en un conglomerado de pueblos, que ocupan todo el mediodía y levante peninsular. Y por primera vez en la Historia oiremos hablar de turdetanos, y túrdulos, y edetanos, contestanos, bastetanos... Y sabremos los territorios que ocupaba cada uno, y el lugar aproximado por donde discurrían sus fronteras, siempre imprecisas, aun para ellos mismos, por lo que los enfrentamientos mutuos serán frecuentes, a lo que podría deberse la riqueza sin precedente en armas que ofrecen los ajuares de las necrópolis de este período.

Los materiales arqueológicos son ahora, en su inmensa mayoría, de producción indígena, aunque sigamos viendo en ellos, en ocasiones, notas de tradición fenicia o griega. Aquélla será mantenida viva en el futuro en todo el Mediterráneo Central por Cartago, y se manifestará en España sobre todo en Ibiza, fundación cartaginesa del 654 a.C., y en Cádiz. Los contactos directos con Grecia perduraron seguramen-

te más tiempo. En cualquier caso todavía seguiremos viendo mantenerse vivas durante muchos años influencias de unos y de otros en las grandes manifestaciones culturales de los nuevos pueblos, y tendremos que reconocer, por ejemplo, que, a grandes rasgos, la escultura ibérica es de tradición griega, y los mejores bronce, de tradición fenicia. Y en la cerámica estarán presentes unos y otros. Más griegas en Levante, con sus escenas pintadas representando ya guerras, ya bailes, ya monstruos; más fenicias, a partir de ahora más «púnicas», en el Sur, con sus sencillos motivos geométricos, sus monótonas bandas paralelas pintadas de rojo, con las cuales decorarán sus vasos durante siglos, hasta la llegada de los romanos, y aun después de llegar éstos.

Por lo demás, las ciudades seguirán su desarrollo urbanístico progresivo, bastante generalizado ya entre los iberos a partir del siglo IV a. C., y se mantendrá, apenas sin variación, el ritual funerario, que seguirá siendo de incineración, aunque vayan desapareciendo progresivamente los túmulos y los ricos enterramientos en cámara, presentes aún en Toya (Jaén), Galera y Baza (Granada), y los grandes monumentos funerarios, en Osuna (Sevilla), Porcuna (Jaén), Pozo Moro (Albacete)...

Desaparece también, o al menos disminuye sensiblemente, el culto a los dioses exóticos. Y en

su lugar surgen dioses nuevos, indígenas, cuyos nombres, paradójicamente, no conocemos, o, si los conocemos, no podemos identificarlos, lo mismo que sus templos, en los cuales se han encontrado exvotos y ofrendas por centenares. Y hasta por miles. Pero no sabemos a qué divinidad estuvieron consagrados. Lo que sí ha podido constatarse es que a veces, cristianizados, han llegado hasta nosotros.

En todos los ambientes, sin embargo, parece haber un descenso del poder de los poderosos. Un empobrecimiento generalizado. Ya no hay reyes tan ricos, ni sacerdotes tan influyentes. Se diría que incluso las gentes del pueblo llano se embellecen con menor intensidad. La consecuencia, desde el punto de vista arqueológico, es un menor número de hallazgos. Y un descenso de la capacidad artística de los orfebres, y, por tanto, de la calidad de las obras. El hecho viene, sin embargo, compensado por un aumento vertiginoso de las producciones en plata, derivada sin duda de la intensificación de las explotaciones mineras de Sierra Morena. Pero es algo que no corresponde analizar aquí.

Aquí vemos que el oro es más escaso que en la etapa anterior, quizá simplemente porque se han enfriado las relaciones comerciales con los pueblos del NO de la Península, más ricos en recursos, y donde tendrán ahora su floruit las impresionantes producciones castreñas.



Pendientes de Cancho Roano. Museo Arqueológico de Badajoz. Foto: J. A. García Castro.

Y vemos que la calidad de las joyas es menor, aunque sigan empleándose las mismas técnicas. Pero no todas, pues han desaparecido las que exigían mayor virtuosismo, el calado y la filigrana. Y el granulado ya no será tal, sino un simple repujado, o troquelado, o estampillado, que trata de imitarlo. Y que produce de lejos un efecto similar, pero que no admite la comparación. ¿Falta de capacidad? ¿Falta de medios? ¿Trabajo más industrializado de los «aurífices»? Simplemente diríamos que empobrecimiento.

A pesar de todo, cuando a finales del siglo III a.C., los romanos, persiguiendo a los cartagineses, que, según alegan, no han cumplido sus tratados, y han llevado además la guerra a Italia, vengan a la Península, para cortar a los invasores la fuente de sus recursos, aún quedarán maravillados de lo que en ella ven, y dirán que «ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro nativos se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundantes y excelentes», pues «aunque los galos creen que tienen las mejores minas de oro..., son mejores las de Hispania». Por ello, a pesar de haber sido expulsado Aníbal de Italia y los cartagineses de la Península, los romanos no la abandonan, sino que deciden, ahora ya sin otro enemigo que la multitud de pueblos indígenas, conquistarla y ocuparla de manera permanente, tarea que les llevará cerca de dos siglos, pues todavía Augusto habrá de luchar contra cántabros y astures.

Los pueblos íberos, sin embargo, más abiertos desde siempre, por imperativo geográfico, a las influencias exteriores, son rápidamente sometidos y asimilados. Y desde un principio expoliados, pues desde un principio fueron obligados a entregar al invasor sus joyas, lo que provocó se produjeran infinidad de escondrijos, que aún en nuestros días siguen saliendo a la luz, ya que muchos no pudieron nunca volver a ser recuperados, por el motivo que fuera. Seguramente porque la guerra fue demasiado larga.

Y porque era también demasiado cruenta para exponerse a guardar lo que se debería haber entregado. Son conocidos los hechos de Astapa, pueblo sevillano amigo de los cartagineses. Cercado y forzado a rendirse y a entregar sus bienes preciosos, prefirió antes morir consumido en sus propias llamas que entregarse y entregarlos. Cuando al fin consiguen entrar en la ciudad los romanos, «quedaron paralizados de horror durante algún tiempo; pero el oro y la plata que brillaban en medio de aquellos montones abrasados, excitaban en ellos la avidez..., y al querer arrebatar aquellos tesoros de las llamas, unos quedaron consumidos por el fuego, otros medio quemados por los ardientes vapores...



Mairena del Alcor. Museo Arqueológico de Sevilla. Foto: J. Latova.

De esta manera quedó destruida Astapa por el hierro y por el fuego sin que la hubieran saqueado los soldados».

Y no fue éste evidentemente un caso único. Hasta nosotros han llegado también los sucesos de Sagunto, a manos de los cartagineses, y los posteriores de Numancia, por los mismos romanos, casi un siglo más tarde. Los dos amparados en razones políticas, como tantas veces, pero en los que, en cualquier caso, el saqueo a los indígenas fue ingrediente y consecuencia inevitable, si no determinante.

Y ciertamente el expolio de unos y otros, a juzgar por lo que nos dicen los propios historiadores romanos, fue total. Se basaba en el principio de que las guerras debían mantenerse a sí mismas. No importaba que fuesen guerras de conquista. Y en Roma será celebrada entusiastamente por la multitud la vuelta de los generales victoriosos cargados de botín. Más de 12.000 libras de oro se llevaron sólo en la primera mitad del siglo II a.C., en forma de joyas, vajilla y coronas. Pero ya antes, cuando preparaban la invasión de Italia, los cartagineses habían arrancado todo lo que habían podido de los gaditanos, «explotando no sólo su erario, sino también sus templos, obligando a todos los particulares a entregarle su oro y su plata». Y es frecuente la mención de los ejércitos que se dirigen a tal o cual ciudad, no ya para conquistarla, sino, literalmente, «para saquearla». A este ambiente de inseguridad política podría deberse también que el número de hallazgos sea menor en este período. Lo que no quiere decir que no existan. Hay incluso tesoros espectaculares. En la Exposición podemos contemplar el encontrado hace pocos años en un lugar impreciso del término municipal de Mairena (Sevilla). Lo compone un conjunto completo de joyas de

adorno personal, torques, diadema, brazaletes, ceñidor, pulsera, fibula, anillo y «bulla» Diríamos que no falta nada. Y todo de oro. Y en joyas de calidad, en las que curiosamente no hay ejemplares huecos. Todas son macizas, aunque en su mayor parte estén trabajadas a base de hilos, pero gruesos, lo que facilita que las piezas sean sólidas y posean al mismo tiempo la flexibilidad necesaria para poder ser cómodamente utilizadas.

Sucede esto sobre todo con el torques, una pieza impresionante, de hilos trenzados al aire, realizada con un perfecto dominio de la técnica, introducida en este período, y con ejemplares más antiguos que éste de Mairena, en Jávea (Alicante), pero menos llamativos.

Más rígidos que los del torques son los hilos de los brazaletes, dos piezas preciosas en forma de serpientes que reptan a lo largo del brazo, recuerdo de las que, vivas, llevaban a veces las ménades en sus danzas báquicas. Está constituido cada uno por dos hilos sogueados, unificados en cabeza y cola, encogidas ambas, decoradas con incisiones y enriquecidas en su día con incrustaciones de vidrio policromo, hoy perdido.

Con punzón y cincel está decorado también el cinturón, una lámina sumamente fina y estrecha, pensada sin duda para adaptarse, complementada con algún cordón que lo ajustara, a la cintura femenina. Como se adaptaría a su muñeca la pulsera, lisa, maciza, y a su frente, sujeta a alguna tiara, la diadema.

Está ésta formada por piezas similares a las del tesoro de Evora, pero sustituido aquí el granulado orientalizante por un simple troquelado en serie, lo mismo que las bellotas que penden de ella, éstas sí huecas en su mayoría. Se trataba, sin duda, de que sonaran al moverse, quizá para imponer silencio. Y es que las bellotas están, como las serpientes, cargadas de sentido simbólico. Son el fruto de la encina, el árbol sagrado de Zeus, desde el que habla y se dirige a los mortales en el susurrar del viento.

Huecas también tenían que ser las «bullas», pues contenían en su interior sustancias mágicas para defender, sobre todo a los niños, del espíritu maligno. En el anillo finalmente un águila, otra imagen de Zeus. ¿Pudo pertenecer el tesoro a una sacerdotisa? Podemos imaginarla, inspirados en la estatuaria del Cerro de los Santos, seria, inmovible, con toda la gravedad de su cargo reflejada en el rostro. Algo más que un simple mortal.

A este conjunto de joyas de Mairena le falta la fibula, que por su carácter céltico se presenta actualmente en la muestra del Palazzo Grassi de Venecia, y tres vasos de plata, uno de ellos de

tipo helenístico, como los brazaletes, expuestos de manera permanente en las salas del Museo Arqueológico de Sevilla.

Un tesoro muy similar a este de Mairena ha sido hallado recientemente en La Puebla de los Infantes, en la misma provincia de Sevilla. Aunque son joyas en general de peor calidad, su contenido es el mismo. La única diferencia significativa se presenta en la diadema, decorada aquí con motivos figurados en algunos lugares. Su mayor interés radica, sin embargo, en la presencia de dos monedas púnicas que nos ayudan a situar el escondrijo en esa época de luchas entre cartagineses y romanos.

Los torques del tipo de hilos entrelazados debieron ser frecuentes en la época, pues el tesoro de La Puebla nos ofrece tres ejemplares. Y otros tres contenía el de Jávea (Alicante). Similares a ellos pudieron ser los que los romanos nos dicen haber conseguido en gran número tras la batalla de Auringis, en 214, y seguramente en muchos otros lugares de los que no tenemos noticia.

Aunque, como hemos visto en Mairena, han llegado hasta nosotros vasos de plata, y en gran número, no conocemos ninguno de oro. Algunos están, a lo sumo, dorados (Mogón, Jaén), o chapados en oro (Tivissa, Tarragona). Pero sabemos que existieron, y que debieron ser también muy abundantes, a juzgar por los datos de las Fuentes. En la toma de Cartagena, reciente fundación cartaginesa, nos dicen que se recogieron 276 páteras de oro. Y sabemos también que fueron utilizados en la mesa de bodas de la hija del rico Astolpas, indígena amigo de los romanos, que así quería deslumbrar a sus invitados, aunque con ello provocara al mismo tiempo las iras y el desprecio de su yerno, nada menos que Viriato, el cual «apoyado en su lanza y mirando con desdén la gran cantidad de copas de plata y oro expuestas con motivo de sus bodas... ni tomó asiento en la mesa, llena de toda clase de manjares. Sólo cogió panes y carne, que distribuyó entre los que le acompañaban... Luego mandó que le trajeran la novia, sacrificó a los dioses, al modo que suelen hacerlo los íberos, sentó a la doncella sobre el caballo y partió en seguida hacia la sierra...»

No fue sólo, por tanto, como vemos, empobrecimiento económico y artístico causado por la nueva situación política en el Mediterráneo, sino también consecuencia del expolio continuado de un ejército extranjero durante decenas de años, pues las guerras de conquista se verán continuadas por las civiles entre romanos desarrolladas en nuestro suelo. Aquí pudo Sertorio reunir y mantener un gran ejército, gracias



Tesoro de Puebla de los Infantes, Sevilla. Colección particular. Foto: J. A. García Castro.

al oro recibido de las ciudades indígenas que le apoyaron, y que vieron en él durante algún tiempo a un posible liberador del yugo romano. Y similares «ayudas» recibirían, y exigirían, más tarde los Pompeyo y César y sus generales.

Muy difícil, pues, en estas circunstancias, hacer ostentación personal de joyas, por mucho que a los nativos les gustara adornarse, lo que no pasó desapercibido a los romanos, que hicieron de ello mención expresa, e incluso las regalaron a aquellos veleidosos indígenas que querían halagar, ya para pagarles favores, ya para ganárselos.

Pero es evidente que los tiempos no eran los más adecuados para impulsar la producción de joyas y dejar se manifestara en ellas la capacidad artística de los orfebres indígenas. Cuando, pacificada la Península, vuelva todo a la normalidad, todo será ya distinto. Los viejos pueblos ibéricos, integrados ahora en el vasto y creciente Imperio, no serán más que un recuerdo. Incluso para ellos mismos, pues ya han olivado hasta su lengua y su escritura. Roma todo lo domina y lo unifica. Y todo se hará de acuerdo con sus dictados y sus gustos. Ha nacido una nueva etapa histórica que, en muchos aspectos, perdura todavía hoy.

Joyería Celtibérica

Germán Delibes de Castro

En la conocida obra de Raddatz *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel vom Ende des Dritten bis zur Mitte des Ersten Jahrhunderts vor Chr. Geb.*, que, aunque editada hace casi un cuarto de siglo, aún conserva la vitola de trabajo fundamental para el estudio de la joyería prerromana de España y Portugal, se distinguía la existencia de dos grandes estilos orfebres en tierras ibéricas: el de la Cultura de los Castros, correspondiente a los pueblos del Noroeste, y el ibérico propiamente dicho, extendido al resto de la península. En líneas generales, esta división aún podría considerarse válida si no fuera porque en los últimos años, en sintonía con la multiplicación de hallazgos, se ha ido reparando en la personalidad de las joyas de determinadas áreas, que no por ello dejan de responder genéricamente al estilo ibérico.

Esto es, en nuestra opinión, lo ocurrido con las alhajas de la región del Duero. Reducidas en 1969, prácticamente, a las de las tres importantes ocultaciones de la ciudad de Palencia, su cifra ha experimentado desde entonces un extraordinario aumento, al añadirse a ellas las de los tesoros zamoranos de Las Ramallas, Arrabalde I y Arrabalde II, las de los tres escondrijos descubiertos modernamente en el poblado de Las Quintanas de Padilla de Duero (Valladolid), las de los torques del Monasterio de Rodilla, en Burgos, y un considerable número de piezas sueltas, lo que eleva el número de hallazgos conocidos a cerca de la treintena y la cifra de alhajas por encima de los dos centenares. Como consecuencia de este crecimiento del número de documentos, ha podido captarse la singularidad y regularidad estilística de las joyas de este ámbito (existe un modo de hacer pautado, un auténtico «estilo»), algo que en un primer análisis pasó más bien desapercibido por falta de suficiente material comparativo. Todo ello ratifica la existencia de una personalidad, y nos autoriza, aunque no sepamos si el término es del todo acertado, a individualizar una «orfebrería celtibérica».

La distribución de los hallazgos en la Submeseta Norte no es demasiado elocuente. Hasta hace unos pocos años habría estado plenamente justificado afirmar que los tesoros de la región del Duero se concentraban en su ámbito oriental y central, esto es en el territorio celtibérico (conjuntos de Soria, Burgos, Palencia o Valladolid). Pero últimamente los descubiertos en el confin



Arrabalde I. Museo Arqueológico de Zamora. Foto: J. Latova.

oeste de la cuenca (tesoros zamoranos, así como determinadas joyas leonesas), en una zona, pues, en la que el fenómeno de la «celtiberización» es por lo menos discutible y, de darse por existente, muy tardío, obligan a modificar aquel punto de vista, máxime cuando la muestra es tan representativa y voluminosa como en el caso de Arrabalde I. La repartición en la Meseta de los tesoros prerromanos, puede considerarse, por lo tanto, general y bastante uniforme, sin que se cña disciplinariamente al territorio de determinados pueblos prerromanos, ni a alguna de las grandes áreas culturales de la Segunda Edad del Hierro en el bastión meseteño.

Según ya ha sido señalado en otras ocasiones, la composición de los tesoros o escondrijos es no poco variada, pero permite entrever en todos los casos que se trata de estrictas acumulaciones de riqueza. Las joyas, en efecto, pueden ser componentes únicos de los tesoros (Padilla 3), pero no es raro que se acompañen de denarios (Las Filipenses, en Palencia, Arrabalde I o Roa); por lo general dichas alhajas manifiestan un perfecto estado de conservación, pero sin que falten casos de alternancia con otras mutiladas (Arrabalde II o Drieves); nada excepcionalmente coexisten en los mismos tesoros manufacturas elaboradas y lingotes brutos de metales preciosos, verdaderos panes de plata (Arrabalde I o Drieves); lo normal es que las joyas afectadas sean adornos de tipo personal, pero igual de cierto es que de tal condición escapan algunos vasos y frascos argénteos



como los de Arrabalde I y Quintana Redonda); y, ratificando su variedad, se dan asimismo casos en los que lo ocultado es exclusivamente moneda, como ocurre en Palenzuela. Así las cosas, parece evidente que tras la totalidad de los tesoros existió una única y general intención, que fue la de ocultar riqueza, metales preciosos, al margen de la forma bajo la cual se presentaran éstos.

Que dicha riqueza es distinta según los casos, porque también debió serlo el potencial económico de sus primitivos propietarios, es algo tan obvio como que las dimensiones de los atesoramientos difieren, y no sólo en peso (el mayor contraste se da entre Arrabalde I, con casi 5 kgs de joyas, y los pequeños tesorillos de Roa), sino también en el contenido de oro y plata de cada uno de los conjuntos, bastante alto en el mismo Arrabalde y prácticamente inexistente en, por ejemplo, el controvertido escondrijo del cerro de La Miranda, en Palencia.

Entrando más directamente en la definición de la joyería celtibérica, se nos antoja necesario anticipar que fue esencialmente una joyería de plata, algo en lo que coincide plenamente con la ibérica y en lo que se distancia de la de los castros gallegos, predominantemente áurea. Tal no significa, sin embargo, que faltasen labores en oro, pero sí que fueron menos comunes y, por lo general, reducidas a artesanías de no mucho peso y tamaño. De acuerdo con esto, los torques y grandes brazaletes son bastante sistemáticamente de plata —todo lo más de oro muy

bajo en algún ejemplar arrabaldino—, mientras que arracadas, anillos y otras piezas menores nada infrecuentemente se funden en oro. Es posible que esta propensión a lo argenteo haya obedecido a razones estéticas, aunque más normal parece que prevalecieran los motivos económicos. La tendencia a dorar la plata en algunos de los torques de Arrabalde (uso de oros muy bajos) nos parece significativa en este sentido, lo mismo que el recurso al chapado (sobre almas de bronce y plata) o al modelado en hueco, asimismo con chapa, que se registra en algunas grandes fíbulas del mismo tesoro. En todos estos casos —y ello no es privativo de nuestro mundo ya que se registra un comportamiento similar en la orfebrería europea del período de La Tene— se pone de manifiesto una marcada voluntad de ahorro, y, al tiempo, una gran resistencia a dejar de seguir utilizando el oro, pese a su escasez y carestía, como símbolo de ostentación.

Las joyas representadas en los tesoros meseteños son, en cuanto a concepto, las mismas que comparecen en conjuntos coetáneos del resto de la Península, y que sabemos de uso asimismo bastante común gracias a los testimonios escultóricos de la época (p.e., las «damas ibéricas» o los «guerreros lusitanos»). Nos referimos a torques, a brazaletes y pulseras, a arracadas y fíbulas, a anillos y prendedores de pelo, etc. Asimismo, como en la joyería «ibérica», no faltan, aunque sí son raros, los recipientes de plata (vasos abocinados). Pero fuera de tales joyas y de algún colgante (caso, por ejemplo, del de Coca), apenas hay constancia de otras piezas sino muy excepcionalmente como ocurre con el broche de cinturón zoomorfo de Arrabalde II. En las páginas que siguen, no pretendemos tanto hacer una descripción minuciosa de los diferentes tipos de joyas representados en la Meseta, como insistir muy especialmente en la particularidad de algunos de sus detalles, que son, precisamente, los que hacen posible la individualización de una joyería celtibérica. Entre los torques hay un claro predominio de los modelos funiculares, contruidos con varios juncos de plata retorcidos que forman auténticos cables. En muchos casos —coincide casi siempre con los ejemplares de mayor peso— manifiestan el simple diseño de un aro abierto, pero en los más livianos parece normal añadirles algún atributo decorativo específico, por encima del nada desdeñable valor plástico del soqueado descrito. Bastante comúnmente será un *nodus herculeus*, bien centrado, de indudable sabor mediterráneo, pero podrán ser también series de «888» o de lazos calados que complican extraordinaria-



Arrabalde I. Museo Arqueológico de Zamora. Foto: J. Latova.

mente la estructura de las piezas. El primero de los modelos mencionados —los pesados torques funiculares carentes de otros adornos, de los que se conocen más de dos docenas— es probablemente el más típico de la joyería meseteña, contribuyendo a ello sin duda sus particularísimos y amplios remates terminales, piriformes (o en forma de bellota) y huecos de modo que sirvan para ocultar en su interior los extremos anudados de los hilos de plata de que se componen. Frente a los remates simples de los torques ibéricos, por lo general ganchos para facilitar el cierre, los de la Meseta oponen estos otros, muy probablemente como préstamo de los típicos torques de extremos abultados, de esta misma época, del Noroeste. En este detalle y en la proclividad al barroquismo ornamental de que hacían gala los ejemplares con «888» y lazos reside la originalidad de los torques celtibéricos; una personalidad, podría argüirse, no muy acusada, pero desde luego suficiente para afirmar con rotundidad que las joyas fueron manufacturas locales y no importaciones.

Esa misma situación de deuda o préstamo respecto a la joyería de otros ámbitos se aprecia asimismo en brazaletes y pulseras. Gracias al paralelo que para los primeros, acintados y espiraliformes, suponen ciertas piezas del ámbito ibérico, cuyos rasgos son inconfundibles, podemos afirmar que reproducen el esquema de un ofidio, en línea con piezas análogas mediterrá-

neas de diferentes épocas. Sin embargo, de nuevo nos encontramos ante una versión particularísima, en la que la representación de la cabeza —mejor diríamos de las cabezas, pues, en contra de cualquier naturalismo, hay una en cada extremo— se reduce a un convencionalismo con motivos troquelados de bastante difícil comprensión, culminando una asfixiante ornamentación geométrica, casi siempre de «chevrons» rellenos de «grenetti», que se despliega en las tres últimas vueltas de la espiral. También en las pulseras simples, macizas, se recurre a rematar sus extremos, abiertos, con esquematizaciones de cabezas zoomorfas, se ha dicho que de serpientes aunque en muchos casos —Palencia, Arrabalde— sean en realidad de caballos, muy en la línea con los modelados en barro, tremendamente simplificados, de ciertas asas de *sympula* celtibéricos.

A propósito de estos últimos recipientes es muy interesante, sin duda, constatar la presencia de un ejemplar, en plata y formando juego con un gran vaso abocinado de rasgos —tanto comunes, en el gran tesoro de Arrabalde. El interés estriba en el hecho de que, en vez de responder al modelo helenístico representado por ejemplo en el conjunto ibérico muy poco anterior de Menjíbar, repite la misma forma, profunda y rematada en un botón nasal, que los de barro identificados exclusivamente en yacimientos de área de la Meseta, de suerte que una vez más parece seguro atribuir su fabricación a un orfice local, ratificándose de paso su condición de joya celtibérica.

El uso del oro, como ya se ha dicho, se limita prácticamente a la fabricación de elementos menores. Todas las arracadas conocidas hasta el momento (cerca de 30) son áureas; también son particulares adornos de pelo rematados en cabecitas de caballo, algunas fíbulas y anillos, ciertas cadenas, etc. Excepcionalmente, incluso, comprobamos su empleo en la fundición de objetos de mayor volumen, caso de algunos torques de varilla y de malla de Arrabalde. Pero mientras en las joyas menores —según demuestran los análisis metalúrgicos correspondientes— el oro es por sistema de gran pureza, en los torques encontramos oros devaluados por adición de cantidades considerables de cobre y plata.

Hasta el descubrimiento de los tesoros arrabaldinos, por otra parte, la representación de las joyas áureas prerromanas conocidas en la Meseta era muy escasa, lo que explica su distribución fundamentalmente noroccidental. Es posible que tal haya de atribuirse en parte al influjo de la vecina cultura de los Castros del Noroeste, donde no había otra joyería, como vimos,

que la del oro, pero seguramente también interviniera en ello el que este sector noroeste fuera el único de la cuenca del Duero con alguna riqueza aurífera.

Las arracadas responden en líneas generales a un extendido modelo mediterráneo, de cuerpo penanular o amorcillado y apéndice de tendencia triangular, cuyos prototipos se hallan ya consagrados en la Península desde el período orientalizante. Aunque algunos ejemplares como los palentinos de Las Filipenses de muestras de una gran sobriedad, lo normal es que cuenten con complicadas decoraciones en el propio cuerpo y no más sencillos apéndices, que son, obviamente, los detalles en los que radica su personalidad. Con respecto a los cuerpos se registran dos modalidades, la trenzada con hilos de oro de diferente grosor, alternando los lisos y los retorcidos (Padilla 2), y la constituida por una simple chapa sobre la que se sueldan hilos paralelos que se adaptan al esquema del creciente, decorándose con sogueado los espacios intermedios (Paredes de Nava). En cuanto a los apéndices, prevalecen los arracimados, casi siempre de un exagerado espesor (Arrabalde I), para alternar, en ese mismo tesoro, con remates en bellota flanqueados por prominentes botones, o, en Padilla 2, con elementos acampanados.

La distribución de estos modelos, ceñida exclusivamente a la Meseta salvo en un par de piezas gallegas (Irixe o Cances), habla con claridad de su condición local. Y si en la rejilla de las cápsulas de las bellotas de Arrabalde I, que se repite en la parte superior de las campánulas de Padilla 2, cabe advertir un tratamiento análogo al de las arracadas de Briteiros como posible atisbo de influencia de la orfebrería castreña del noroeste, en el uso de los gruesos botones y de las campanas no hay más remedio, si quiera invocando para las últimas su paralelo con las de las tumbas de La Mercadera, que hablar de producciones típicamente meseteñas.

En el capítulo de las fíbulas el comportamiento es similar. Junto a una serie de piezas, normalmente de plata que, en la línea de las de los tesoros ibéricos, reproducen esquemas de La Tène Medio y pueden considerarse comunes a prácticamente todo el ámbito peninsular (p.e., las de Arrabalde I o El Raso de Candeleda), existen otros modelos que cabe juzgar específicos de esta joyería local. Nos referimos a las fíbulas simétricas, en oro (p.e., Arrabalde I y Las Filipenses) o en plata (mucho más frecuentes), que manifiestan una curiosa convergencia tipológica con las fíbulas «de doble cabeza de pájaro» de las Fürstengraber centroeuropeas de La Tène Antiguo, pero que en realidad son una re-



Arrabalde 2. Museo Arqueológico de Zamora. Foto: J. A. García Castro.

creación tardía exclusiva de los artesanos del Duero y zonas limítrofes (País Vasco o Asturias), lo que nos autoriza a ver en ellas un nuevo rasgo de personalidad para la joyería celtibérica. Interpretación similar merecerían, asimismo, las fíbulas anulares hispánicas de Arrabalde I y San Martín de Torres, de enorme copulencia y prolifera decoración (anillas laterales e hilos, en el pie, y botones y chapitas de recubrimiento cuajadas de granulada, en el puente), cuya dispersión, como la de la versión en bronce, se ciñe limpiamente a las tierras del interior peninsular, poniendo en evidencia que no proceden de talleres foráneos.

Si en los casos anteriores, en un intento de desentrañar la personalidad de la joyería celtibérica, nos hacíamos eco de sus particularidades para subrayar que eran variantes regionales de joyas más bien cosmopolitas o, por lo menos, habituales en el ámbito peninsular, más obligados estamos a llamar la atención sobre determinadas alhajas que constituyen auténticas exclusivas de la cuenca del Duero. Los «clips» y «adornos de pelo» de Saldaña y Arrabalde I, como el broche de cinturón zoomorfo de Arrabalde II, son, junto con algunos anillos zamoranos serpentiformes, espléndidos testimonios de esta realidad. La traba de La Morterona, en Saldaña (Palencia) que, aunque partida, fue calificada por Camón Aznar como «joya cumbre de la orfebrería céltica», representa muy suma-

riamente la cabeza de un caballo celtibérico (podría recordar a algunos modelados en barro de la misma Numancia), de estructura no poco primitiva —belfos, ojos y orejas se reducen a botones de distinto tamaño, y la cabeza a un tronco de cono alargado— pero de indudable efecto plástico merced al acertado uso del hilo de oro, a veces retorcido, sobre todo en el tratamiento de las crineras del animal. El hallazgo reciente en la propia Morterona de un nuevo ejemplar de las mismas características, aunque de bronce, demuestra que tanto estas joyas como la peculiar iconografía equina en ellas plasmada no eran excepcionales en la metalistería de los últimos tiempos prerromanos, lo que a su vez confirman los «adornos de pelo» de Arrabalde, de diseño algo diferente —más o menos espiraliformes—, pero con casi idénticos extremos en cabeza de caballo.

Por último, tan buen exponente como ellos de la originalidad de la joyería celtibérica es el cinturón articulado, con broche zoomorfo en perspectiva cenital, de Arrabalde II. Aquí nuestro interés, pese a que el sistema de placas articuladas no es inusual en los cinturones de la Segunda Edad del Hierro de la Meseta, se centra principalmente en el broche, al recurrirse a una iconografía bien conocida, cuya distribución se ciñe de forma muy precisa a la zona central y oriental de la Cuenca del Duero, esto es al territorio de Arévacos y Vaceos, en la Celtiberia ulterior. Esa dispersión, que *grosso modo* coincide con la de las *tesserae* celtibéricas —con alguna de las cuales, concretamente la de la Real Academia de la Historia que hoy se atribuye a Segóbriga, coincide formalmente—, convierte a este tipo de representaciones, por lo demás también inmortalizados en las célebres cerámicas numantinas (el presunto Cernunnos), en un signo bastante concluyente de celtiberización, de tal modo que no sería ilógico entender su presencia en Arrabalde II en el marco de ese influjo E-W al que tan asiduamente se recurre para justificar ciertas innovaciones producidas en la Segunda Edad del Hierro, en el centro y occidente de la Meseta.

El aislamiento de las joyas referidas, que como vimos al principio forman parte de tesoros desvinculados de ambientes domésticos o funerarios, obstaculiza el establecimiento de su cronología. Tan sólo, gracias a la comparecencia en algunos de los conjuntos, de denarios romanos, estamos en condiciones de conocer el momento en que fueron abandonadas, pero no desde cuándo se encontraban en uso. Su ocultación —que jamás, por supuesto, pensaron sus propietarios iba a ser definitiva— parece haber tenido lugar en los ha-

llazgos de Palencia poco después del 72 a.C., a juzgar por la presencia de unas pocas monedas republicanas —la más moderna de Egnatio Lentulo— en el atesoramiento de Palenzuela, con mayoría de numerario de cecas ibéricas como los de Las Filipenses o Padilla 1. En El Raso de Candeleda el abandono debe situarse iniciada la segunda mitad del siglo I a.C., si nos fiamos del descubrimiento entre las joyas de un denario «del elefante» de César; en Arrabalde, poco después del 30 a.C. (una pieza del triunviro Marco Antonio), y en Ramalles incluso algo más tarde, si se tiene en cuenta que entre los denarios asociados a las alhajas había una acuñación de Publio Carisio, de entre el 25 y el 23 a.C.

Resulta tentador, habidas estas fechas, relacionar el clima de inseguridad delatado por estas ocultaciones con acontecimientos bélicos que nos son familiares gracias a las fuentes escritas, máxime cuando las dataciones de cada tesoro —como hemos visto, algo diferentes entre sí— se adecúan bastante fielmente al calendario de la conquista romana de su zona correspondiente. En ese marco explicativo, habrían sido los desórdenes generados por las Guerras Sertorianas los responsables del abandono de los atesoramientos de Padilla, Palencia, Palenzuela y Roa; el de El Raso podría guardar relación con las luchas civiles entre partidarios de César y Pompeyo; y, en cuanto a Arrabalde y Ramallas, no parecen existir muchas dudas sobre su correspondencia con las guerras de Cantabros y Astures, entre el 29 y el 19 a.C. A juzgar por estos datos sería lógico plantearse la idea de que esta joyería prerromana de la Meseta se gestó en el último momento de la Edad del Hierro, algo, sin embargo, que podría no ser del todo atinado, si se valora que el *floruit* de fibulas anulares y arracadas se sitúa en el siglo II. Es posible, pues, que, pese a la ocultación mayoritaria de los tesoros en el transcurso del siglo I a.C., se tratara de manufacturas más antiguas, y en tal sentido nos parece oportuno recordar la presencia de un tipo de joya tan específicamente celtibérica como los clásicos brazaletes espiraliformes en el tesoro alcarreño de Drieves, que bien podría datarse, según sus asociaciones numismáticas, a fines del siglo III (Segunda Guerra Púnica) o en los inicios del II.

Acaso, pues, desde entonces pudo irse fraguando la personalidad de esta joyería prerromana de la Submeseta Norte, a la que si calificamos de celtibérica no es, desde luego, por su subordinación respecto a la, por otra parte muy mal conocida, de la Celtiberia más estricta, sino fundamentalmente por su identificación cultural con la fase plena o «celtibérica» de la Segunda Edad del Hierro en la cuenca del Duero.

Bibliografía

- DELIBES, G. y MARTIN VALLS, R. 1982: *El tesoro de Arrabalde y su entorno histórico*, Zamora (Guía de la exposición).
- DELIBES, G. y ESPARZA, J. 1989: «Los tesoros prerromanos de la Meseta Norte y la orfebrería celtibérica», en *El oro en la España Prerromana*, Monografías de Revista de Arqueología, Madrid, pp. 108-129.
- ESPARZA, A. 1983: «Joyas celtibéricas de Zamora en el Museo Británico», *B.S.A.A.*, XLIX, pp. 39-45.
- en pr.: «Noticia preliminar sobre el nuevo tesoro de Arrabalde (Zamora)», *Zephyrus*, XLI-XLII.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. 1979: «un tesoro de plata en el castro de "El Raso de Candeleda" (Ávila)», *Trabajos de Prehistoria*, 36, pp. 379-404.
- RADDATZ, K. 1969: *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel von Ende des Dritten bis zur Mitte des Ersten Jahrhunderts vor Chr. Geb.*, Madrider Forschungen, 5, Berlín.
- SAN VALERO APARISI, J. 1946: «Joya de oro céltica de Saldaña», *Cuadernos de Historia Primitiva*, 1, 2, pp. 100-102.

Orfebrería orientalizante

Fernando Fernández Gómez

Introducción

La *Cultura Castreña* o *Cultura de los Castros del Noroeste* se origina de modo paulatino y se va conformando a lo largo de más de medio milenio. Hunde sus raíces en la Edad del Bronce, suponiendo, en ciertos aspectos, un corte con lo anterior, pero representa también, en buena medida, una evolución de lo precedente. Su nacimiento hay que verlo en relación con los cambios originados en Centroeuropa en la primera mitad del primer milenio a.C. que afectarán con contundencia a la Europa occidental. El fuerte sustrato cultural y humano sobre el que estos cambios van a incidir, orientará sustancialmente las directrices de esta cultura que, por otra parte, recibirá y adaptará influencias provenientes del mundo mediterráneo.

Hacia el siglo VI a.C. puede verse ya configurada como tal «cultura» que, al contrario de lo que a menudo se ha venido sosteniendo, experimenta matizaciones apreciables desde una óptica espacio-temporal, teniendo que desechar la idea de una cultura monolítica y cerrada sobre sí misma. Las características comunes aglutinantes aparecen, sin embargo, definidas desde los inicios, manteniéndose en toda el área hasta el final, establecido, a grandes rasgos, hacia mediados del siglo I d.C. en que, la simbiosis con el mundo romano, comienza a diluir su personalidad.

Esta cultura se desarrolla en un territorio definido que podría ser delimitado por el río Navia al este y el Duero al Sur, dibujándose un área de influencia, marcada al este por el Sella y al sur por el Mondego, en la que sus rasgos se entremezclan con los de otras culturas contemporáneas limítrofes.

Los estudios sobre la orfebrería castreña del noroeste se han venido centrando hasta el presente en criterios de tipo artístico y faltan investigaciones basadas en métodos laboratoriales que aporten información de la técnica empleada en

su ejecución. Las interpretaciones hechas sobre el modo de trabajo de la metalurgia del oro se apoyan en criterios inductivos, no confirmados científicamente y basados en una mayor o menor intuición.

La precaria situación de las investigaciones marca unas prioridades. Primeramente es preciso acometer la revisión del material existente, incluso el publicado, pues existe gran cantidad de información mal valorada. Al mismo tiempo resulta imprescindible aprovechar al máximo la información «posicional» de los objetos tenidos mayoritariamente como «descontextualizados». Finalmente, sin que ello tenga que realizarse *a posteriori*, se hace necesario recurrir de forma decidida al auxilio de determinaciones laboratoriales contrastadas.

La «descontextualización» de los objetos, la frecuencia de hallazgos casuales, la generalizada ausencia de joyas localizadas en el transcurso de excavaciones sistemáticas, la carencia de enterramientos que pudieran contener adornos formando parte del ajuar, la valoración exclusivamente estilística de las piezas, la ausencia de monedas en los conjuntos, y otra serie de circunstancias, han ido tejiendo un panorama más complejo incluso que en otras áreas de la propia Península. Estas trabas no han podido ser superadas convenientemente por la investigación y en la actualidad existe una carencia de inventarios y catálogos completos y pormenorizados de la producción conservada. Quizás ello mismo haya frenado, al menos en parte, el inicio de proyectos de investigación que contemplasen otros aspectos que no fueran los puramente descriptivos y tipológicos.

Aspectos generales

La orfebrería castreña representa el grado de mayor florecimiento de una manifestación artística que, nacida en las postrimerías del tercer milenio, alcanza su final coincidiendo con la consolidación de la conquista de este territorio por Roma.

El desarrollo de esta actividad, a lo largo de toda su existencia, ha sido posible gracias a la abundancia de recursos primarios explotados de forma continuada y de manera artesanal, provocando un acopio, progresivamente incrementado, de metal precioso que llamará la atención y será objeto de la codicia de pueblos foráneos, llegando a constituir uno de los motivos tenidos en cuenta a la hora de decidir acometer la tar-



Broche de Ribadeo. Museo Arqueológico Nacional. Foto: J. A. García Castro.

día y definitiva conquista del noroeste por Augusto.

Desde un primer momento, la orfebrería que se elabora en este área tendrá como materia prima casi exclusiva el oro, que es, en definitiva, el metal nativo más abundante, presente en las arenas de la mayor parte de los ríos que recorren el territorio. La plata, que aparece esporádicamente en el Bronce Antiguo, parece no hacer de nuevo acto de presencia hasta momentos avanzados de la Edad del Hierro en adornos que tal vez haya que considerar como provenientes de la Meseta o de la Turdetania, o, cuando menos, muy influenciados por éstos.

Vamos a encontrarnos en época castreña con un conjunto sorprendente de muestras de orfebrería realizadas en oro de procedencia fluvial en su casi totalidad, beneficiado mediante labores de bateo. A este respecto parece conveniente recordar lo que Estrabón recoge de Polibio en relación a la manera de explotación de los recursos auríferos llevado a cabo por los ártabros, extensible a los demás pueblos del noroeste:

«... Entre los artabroi, que habitan en lo más lejano del Septentrion y del Ocaso de Lysitania, el suelo tiene, según dicen, eflorescencias de plata, estaño y oro blanco, mezclado con plata. Esta tierra es arrastrada por los ríos, y las mujeres, después de haber amasado la arena, la lavan en tamices tejidos en forma de cesta...» (Estrabón, III, 2, 9).

La procedencia del oro de yacimientos secundarios de naturaleza fluvial parece confirmarse, no sólo por la distribución de los hallazgos de orfebrería prehistórica, sino también por la presencia de estaño detectado en la mayor parte de los análisis realizados por Hartmann. Es posible que en una etapa avanzada se explotasen algunos yacimientos primarios beneficiándose otros carentes de esta impureza. De todos modos, el aprovechamiento intensivo de las grandes concentraciones de oro no se va a realizar hasta época romana.

La utilización de oro natural respetando su composición química es frecuente entre los orfebres castreños, pero son igualmente abundantes las aleaciones intencionadas, bien con cobre, bien con plata, alternativamente, o con los dos metales a un tiempo. Estas adiciones pueden efectuarse de una manera moderada o, como parece suceder en la etapa final, con porcentajes que pueden rondar el 50 % en cada uno de los elementos, quedando el oro reducido a una pequeña cantidad: tesoro de *Foxados*, (Curtis, A Coaña). Es posible que se trate de una forma de «estirar el metal» en un momento en que, a cau-

sa de la conquista, el oro empieza a escasear de forma drástica.

El almacenamiento de la materia prima se realiza preferentemente por medio de lingotes planoconvexos con un peso que puede oscilar entre unos escasos gramos y cantidades en torno al kg., de los que se conocen bastantes ejemplares hallados tanto de forma aislada (*Castromao*, *Troña*, *Corvalzal*, *Recadieira II*, etc.) como constituyendo tesorillos (*Foxados* con 35, *Calvos de Randín* con 17, *Alvarelos* con, al menos, 9, *Recouso* con 4, etc.). Llama la atención el hecho de que la gran mayoría de las tortas conocidas sean de plata, en contraste con una orfebrería casi exclusivamente en oro.

Toda la producción de orfebrería de estos momentos puede considerarse exclusivamente «joyería» destinada a ser portada por hombres y mujeres para hacer ostentación de su rango social y de su papel destacado en la comunidad. El significado que en la sociedad castreña del noroeste pudo haber tenido cada una de las joyas, o incluso su atribución atendiendo al sexo del portador, es algo muy dudoso y más dentro del campo de la divagación y de la especulación gratuitas que de la realidad.

Parece, sin embargo, probable que el torques constituyó un adorno distintivo de una casta militar, y por lo tanto masculino, o al menos mayoritariamente así parece serlo en estos momentos. Brazaletes y pulseras aparecen representados en la gran estatuaria masculina del momento, en la que no se han documentado ni diademas, ni collares articulados, ni aros para el pelo, ni lúmulas, ni amuletos, ni arracadas, etc.

Importante debió ser el papel económico que en la sociedad castreña supuso la actividad relacionada con el oro, tanto en la valoración del esfuerzo humano invertido en la obtención de la materia prima, con métodos artesanales, como en los «beneficios» obtenidos a través de la comercialización de los excedentes.

Las técnicas

Ya se ha apuntado con anterioridad que este aspecto permanece prácticamente sin estudiar y lo que se viene sosteniendo carece de la confirmación necesaria que podrían aportar las determinaciones laboratoriales que, hasta el momento, no han dado comienzo.

Granulado y filigrana constituyen las técnicas constructivas y sobre todo decorativas más novedosas, permitiendo elaborar vistosas y complicadas joyas. Por vez primera se va a alcanzar

un gran conocimiento técnico del trabajo de la orfebrería basado en la adición de múltiples elementos independientes. Se considera que ambas técnicas son conocidas en el noroeste gracias a la relación con el sur en donde se utilizan con anterioridad como resultado de las aportaciones provenientes de otras regiones del Mediterráneo. Algunos autores plantean la duda de si la llegada al área galaica del conocimiento técnico procedería directamente del sur o si, por el contrario, haría su entrada en el noroeste desde Centroeuropa, a donde habría llegado como consecuencia de los contactos habidos con los etruscos. Habría que explicar en este caso los pasos intermedios y sería difícil poder negar las relaciones detectadas entre la orfebrería castreña y la realizada en el área meridional.

Filigrana y granulado parecen desarrollarse con mayor proliferación en joyas pequeñas y laminas como arracadas (*Vilar de Santos*, *Tesoro Bedoya*, *Briteiros*, *Burela...*), colgantes (*Elviña*), amuletos (*zona asturiana*), etc., pero no pueden considerarse de su exclusividad, apareciendo también en piezas tenidas tradicionalmente como menos cuidadas en cuanto a la decoración, como los torques, algunos de los que ostentan labores de gran perfección técnica (*Vilas Boas*, *Lanhoso*, *Santa Trega*, *Foxados...*). En ambos casos, filigrana y granulado pueden ser utilizados en sus distintas variantes y en la obtención de motivos decorativos dentro de un repertorio casi exclusivamente geométrico.

La soldadura, por su parte, adquiere ahora una gran perfección que hace posible la proliferación de la filigrana y del granulado, pero también la elaboración de joyas compuestas por varios elementos que pueden trabajarse de manera independiente y luego unirse de forma segura sin que se aprecien las juntas. Algunas



Asidero de pelo de Regodeigón. Museo de Orense. Foto: J. A. García Castro.

uniones parecen técnicamente perfectas mientras que otras son empastantes e imposibles de disimular con pulimentaciones y retoques posteriores.

Siendo ya conocida y utilizada en este área desde finales del Bronce Antiguo (cuencos de *Caldas de Reis*), la soldadura parece igualmente perfeccionarse por influencia directa de la orfebrería sureña.

Repujado, incisión y estampillado siguen siendo utilizados con gran profusión en la decoración de joyas castreñas; cincelado y moldeado, por el contrario, se utilizan muy moderadamente. Surge en este período el forrado, mediante lámina de oro, de joyas con un alma de metal no precioso (torques de *Lanhoso*, con alma de cobre), coincidiendo tal vez con un período de escasez de la materia prima.

Los motivos decorativos

El repertorio decorativo se compone casi exclusivamente de motivos geométricos. Algunos son heredados de época anterior pero en su mayoría pueden adscribirse de forma genérica al «mundo hallstático» y no dejan de ser motivos que en estos momentos pueden entrar ya en la categoría de «universales». Estos se reproducen también en la escultura decorativa y en menor medida en la cerámica y algunos objetos de bronce.

Todas las composiciones derivadas del círculo (svásticas en general, trisqueles, tetrasqueles, rosáceas, círculos concéntricos, estrellas inscritas, etc.) decoran superficies circulares (remates de torques) o bandas en las que se combinan con entrelazos recordando elementos de cestería, series de SSS o de 888, meandros, postas, grecas, triángulos, etc., ejecutados tanto mediante granulado o filigrana como por medio de repujado, incisión o estampillado.

Cabe destacar aquí el brazalete gallonado de *Lebução* (Valpaços) en el que se observa un total de 30 zonas con 17 series compositivas diferentes, a manera de muestrario de la decoración castreña.

En buena medida la relación con el mundo sureño matizará algunas de estas decoraciones mezclándose las diferentes influencias con lo que se consiguen unos característicos resultados diferentes de los logrados tanto en el área ibérica como en la celtibérica. Existe un pequeño, pero no por ello carente de interés sino todo lo contrario, repertorio de motivos figurativos que cabe valorar. De una parte la escena represen-

tada en la diadema o diademas de *Ribadeo* o de *San Martín de Oscos*, en la que se combinan figuras humanas a pie y caballo con aves, peces, etc., en un medio acuático representado por líneas a punteado.

Las representaciones de ornitiformes están presentes en piezas como la arracada de *Vilara de Santos* (Orense) con un doble prótomo de ave acuática y otra figura de ave en bulto redondo en el interior de una campánula, consiguiendo un efecto muy semejante al de los remates del torques de *Vilas Boas* (Tras-os-Montes). La diadema de *Elviña* (A Coruña) conserva otra ave en bulto redondo aunque debió poseer más. Estampillados o perfilados con puntillado son los «patitos» que aparecen en la diadema del *Tesoro Bedoya* o en un torques de la provincia de Lugo. Estas figuraciones se vienen relacionando con la mitología nórdica y son muy frecuentes en el mundo hallstático.

Existe otra representación figurativa, también de tipo animalístico, en el par de arracadas «abarquilladas» del *Tesoro Bedoya*. Se trata en este caso de moscas (dípteros múscidos) confundidas frecuentemente con abejas (como parecen igualmente confundirse las dos representaciones del amuleto n.º 1 del Museo Valencia de D. Juan). Aparecen nueve pares en cada uno de los ejemplares y tal vez haya que verlos en la relación con el mundo mediterráneo.

Las piezas

La producción que estamos a tratar constituida por piezas propias del adorno personal, desconociéndose por el momento objetos armamentísticos o relacionados con la vajilla de uso cotidiano o ritual. Unas y otras existían en etapas anteriores. Tampoco se han identificado por el momento anillos, cinturones ni fibulas que sí existen en otras culturas circunvecinas.

De forma sintética podemos distinguir:

— *Torques*.—Son los adornos más característicos y conocidos. A la varilla, circular o poligonal fundamentalmente, doblada en forma de C, se acoplan unos remates volumétricos que adoptan configuraciones variadas aunque dentro de esquemas bastante definidos (doble escocia, bitroncocónicos, tulipa, campánula, perilla...). La distribución por formas (combinación de varilla y remates) experimenta curiosas concentraciones en varias áreas geográficas que pueden responder a algún tipo de diferenciación entre los diversos grupos sociales o étnicos que conformarían el mosaico de la cultura castreña.

El inventario de los torques conocidos supera el centenar con un área de mayor concentración

entre el Navia y el Ulla con más del 60 %, apreciándose otra concentración importante entre el Limia, el Túa y el Duero.

Pueden destacarse por su vistosidad los ejemplares de *Burela* (Cervo, Lugo), *Foxados* (Curtis, A Coruña), *San Lourenzo de Pastor* (Arzúa, A Coruña), *Xanceda* (Mesía, A Coruña), *Lanhoso* (Braga), *Vilas Boas* (Tras-os-Montes), etc., todos en oro existiendo algunos ejemplares en plata.

— *Brazaletes*.—Se englobarían aquí tanto los brazaletes propiamente dichos como las pulseiras. Algunos reproducen formas propias de los torques: *Rendar* (O Incio, Lugo). Otros responden a una tradición heredada del Bronce Antiguo y se articulan en gallones: *Lebução* (Valpaços), *Carvalhais* (São Pedro do Sul). Obedecen otros a esquemas centroeuropeos tipificados en la Península por el grupo Villena-Estremoz con sus características decoraciones de púas: provincia de Orense, *Toén* (Orense) o *Chaves*. En algunos brazaletes se combinan estas dos últimas tradiciones: *Monte da Saia* (Barcelos), en el que los gallones alternan con círculos que sustituyen a las púas.

— *Diademas*.—Su uso como adorno de la cabeza parece no satisfacer a todos los estudiosos. Se trata de una tira rectangular o subrectangular de aproximadamente 40 cm. de largo con una o varias argollas en cada lado menor. La decoración invade con profusión toda la superficie. Las diademas conocidas se localizan en el extremo más septentrional, en una estrecha franja desde *Cangas de Onís* hasta *Elviña* (A Coruña), situándose entre ambas el grupo de *Vegadeo-Ribadeo* y *San Martín de Oscos*, así como la pieza del *Tesoro Bedoya* procedente de A Graña (Ferrol).

— *Collares articulados*.—Algunos de los documentados en el área de desarrollo de la cultura castreña es posible que procedan directamente de talleres de tradición orientalizante: *Baiao* y *Malhada* (Vila Real). El de *Estela* (Póvoa de Varzim), aparecido formando parte de un tesorillo, se compone de 67 piezas de tendencia paralelepípedica, mientras que el de *Elviña* (A Coruña), igualmente en compañía de otras joyas, conserva 13 cuentas bitroncocónica en chaqueta y un colgante volumétrico.

— *Arracadas*.—Constituyen un tipo de adorno bastante generalizado del que se conocen más de 40 ejemplares. Algunos, volumétricos, ofrecen aspecto amorcillado (15 del *Castro de Recouso*, 1 de *Viladonga*, 1 de *Bretonia*, 2 del *Tesoro Bedoya*, etc.), otras poseen tabiques que le proporcionan una apariencia de «laberinto» (*Burela*, 2 del *Tesoro Bedoya*, 1 de *Baroña*). El tipo más característico sin embargo lo constitu-

yen aquellas arracadas que disponen de un cuerpo penanular o penalunar y apéndice triangular (*Vilar de Santos, Estela, Laúndos, Afife/Carreço, O Trixo, Cances, A Graña...*), con paralelos, estas últimas, en la Meseta y deudoras, en ambos casos, de modelos sureños.

— *Adornos del pelo*.—Una varilla enrollada en espiral da forma a un tipo de objetos considerados tradicionalmente como «adornos del pelo». Un ejemplar de *Gondeiro* (Amarante) de sección cuadrada reproduce la forma del par de torques con que fue hallado. Por su parte, el par de *Regodeigón* (Ribadavia, Orense) o el ejemplar de la *provincia de Lugo* están constituidos por varilla de sección circular y presentan remates diferenciados y con decoración.

— *Amuletos*.—Con esta denominación se conoce un grupo de joyas procedentes de la *zona asturiana* que presentan una forma de «doble hacha» o de «reloj de arena», alguna compuesta de varios elementos unidos mediante cadenillas.

— *Lúnulas*.—Los ejemplares de *Cerdido* (A Coruña) y *Allariz* (Orense), ambos en paradero desconocido y deficientemente documentados, son tenidos como castreños aunque esta vinculación no es del todo segura. Tal atribución se viene haciendo por su mayor semejanza con los ejemplares del grupo Pragança/Chao de Lamas/Viseu, que con las piezas del Bronce Antiguo del tipo de Cabeceiras de Basto.

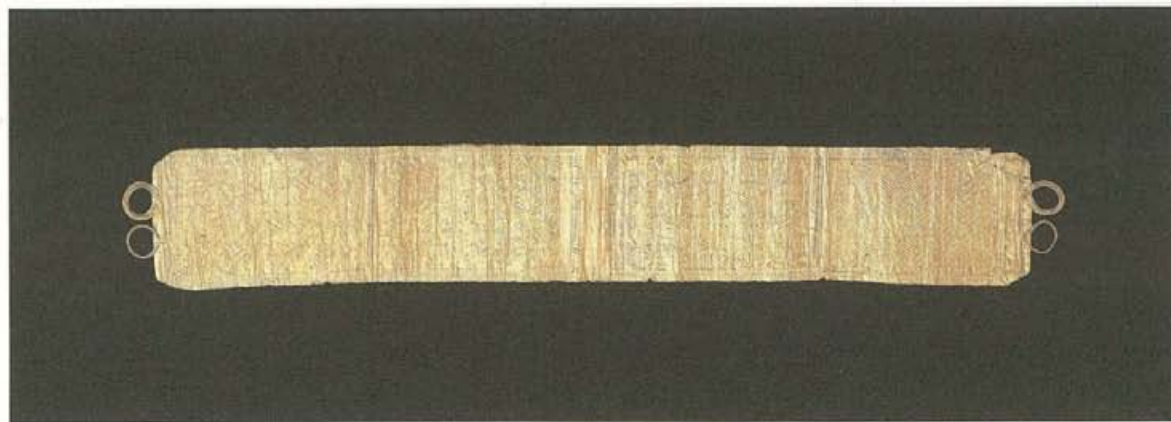
— *Gargantillas*.—Este adorno, tan característico en esta área en épocas anteriores (Bronce Antiguo), está representado exclusivamente por un ejemplar que en nada se asemeja a sus predecesoras «de tiras». La gargantilla de *Elviña* (A Coruña) es una cinta de 38 cm. de longitud por 1 cm. de ancho, decorada a repujado.

La Cronología

Un gran problema derivado de la naturaleza de los hallazgos de estas joyas, tanto de forma aislada como formando tesoros, lo constituye el encuadre cronológico. Las escasas piezas cuya aparición ha podido ser documentada con precisión ofrecen contextos en torno al cambio de Era. Ello no deja de ser normal dado que el contexto puede no significar más que, en el mejor de los casos, el momento final de utilización. Los tesoros en el noroeste no van acompañados de monedas como sucede en otras zonas de la Península, lo que dificulta su fechación. Únicamente el *Tesoro Bedoya* apareció con varias monedas, la más moderna del 91 d.C. que puede servir para ofrecer una datación cronológica aproximada de su ocultación. En el caso del conjunto de *Alvarelos* (Santo Tirso), las 5.000 monedas ($\pm 209-27$ a.C.) se acompañaban de varios lingotes planoconvexos de plata exclusivamente.

Ante este problema se viene utilizando el método histórico para la datación de las agrupaciones y así se quiere hacer coincidir algún período de inseguridad conocido a través de las fuentes clásicas, con la ocultación de estas riquezas individuales o colectivas.

Algunos autores son partidarios de ofrecer cronologías tardías para las joyas castreñas recurriendo al mayor florecimiento que parece alcanzar esta cultura en épocas próximas al cambio de Era. No obstante, parece ilógico suponer una interrupción, inexplicada hasta el momento, de esta producción desde el Bronce Final hasta, por lo menos, el siglo II a.C.



Diadema de Ribadeo. Museo Arqueológico Nacional. Foto: J. Latova.

AGRADECIMIENTOS

Antonio Alvarez Rojas
Felipe Arias Vila
Ayuntamiento de Cartagena
Ayuntamiento de Madrid
Ayuntamiento de Sevilla
Ayuntamiento de Villena
Francisco Cacharro Pardo
Carmen Cacho Posada
Andrés Carretero Pérez
Belén Castillo Iglesias
Concepción García-Hoz Rosales
Consejería de Cultura y Bienestar Social.
Junta de Castilla-León
Consejería de Cultura, Educación y Ciencia.
Generalitat Valenciana
Consejería de Cultura, Educación y Turismo.
Región de Murcia
Consejería de Cultura y Juventud.
Xunta de Galicia
Consejería de Cultura y Medio Ambiente.
Junta de Andalucía
Consejería de Educación y Cultura.
Junta de Extremadura
Consejería de Educación, Cultura y Deportes.
Principado de Asturias
Gonzalo Cores Uría
Guzmán Delibes de Castro
Juan Carlos Elorza Guinea
Matilde Escortell Ponsada
Francisco Fariña-Busto
Fernando Fernández Gómez
Eduardo Fresneda Padilla
José Miguel García Cano
Juan Antonio García Castro
José M.ª García Rincón
Rosario García Rozas
Rafael García Serrano
Concepción García-Hoz Rosales
Teresa González Fernández
José Miguel Hernández Gómez
Almudena Hernando
Guillermo Kurtz

José M.ª Luzón Nogue
Miguel Martínez Andreu
Ministerio de Cultura
Salvador Mullor Menor
Museo Arqueológico de Badajoz
Museo Arqueológico de Granada
Museo Arqueológico Municipal de
Cartagena, Murcia
Museo Arqueológico Municipal
«José M.ª Soler». Villena. Alicante
Museo Arqueológico de Murcia
Museo Arqueológico Nacional
Museo Arqueológico de Sevilla
Museo Arqueológico de Valladolid
Museo de Burgos
Museo de Cáceres
Museo de Cádiz
Museo de La Coruña
Museo de Huelva
Museo Monográfico del Castro de
Viladonga. Lugo
Museo Municipal de Madrid
Museo de Oviedo
Muxo de Pontevedra
Museo Provincial de Lugo
Museo Provincial de Orense
Museo de Salamanca
Museo de Santa Cruz. Toledo
Museo de Zamora.
Benito Pérez Outeriño
M.ª Carmen Pérez-Die
M.ª Carmen Priego
Alicia Rodero Riaza
José L. Romero Torres
Guillermo Ruiz Vicente
Manuel Santonja
José Carlos Sierra
José M.ª Soler García
José M.ª Soriano Llamazares
M.ª Jesús Urquijo
Manuel del Valle Arévalo
Eloisa Wattenberg García

**Exposición organizada y patrocinada por
la Consejería de Cultura de la Comunidad
de Madrid y la Caja de Madrid.**

Presidente de la Comunidad

Joaquín Leguina

Presidente de la Caja de Madrid

Jaime Terceiro

Consejero de Cultura

Ramón Espinar

Director General Adjunto de la Caja de Madrid

Angel Montero

Directora General de Patrimonio Cultural

Araceli Pereda

Director de Obras Sociales

Juan Secanella

Subdirector General de Bellas Artes

Angel Sanz

Exposición

Director del Centro de Estudios Arqueológicos
y Patrimonio Mueble

Víctor Antona

Coordinación de Exposiciones

Teresa Zaragoza - Carlos Villaseca

Gestión Administrativa

Isabel Escribano

Félix García

Pilar Gutiérrez

Sonia García

Técnicos

Antonio Méndez

Pilar Mena

Fernando Velasco

Prensa

Pape Pérez

Silvia Eichelbaum

Seguro

Caja de Madrid. Seguros Generales

Diseño Exposición y Catálogo

Fernando López Cobos

Fotografías

José Latova

Alicia Perea

**Unidad de Metalurgia Física del CENIM
(micrografías)**

Dibujos

T.A.R., S.L.

Transporte

Prosegur, S.A.

Montaje

Macarrón, S.A.

Composición

Cromotex

Fotomecánica

Lucan

Impresión

T.F. Artes Gráficas

Depósito Legal

M-25943-1991



Comunidad de  Madrid
CONSEJERIA DE CULTURA • DIRECCION GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL